"*EL PORVENIR.*"

Con este nombre tan bello como prometedor, se ha presentado en la arena literaria un nuevo campeón de la juventud istmeña.

Invitados á colaborar en él en términos tan corteses como halagüeños, cúmplenos contribuir con nuestro débil contingente al desarrollo de su hermoso programa. Poco, en verdad, tanto por la calidad como por la cantidad, es lo que podemos ofrecer, pero garantizamos que ese poco, sea lo que fuere, habrá de ser dictado por las mejores intenciones.

La aparición de un nuevo periódico, debe ser motivo de júbilo, no sólo para los amantes de las letras, sino también para todos los patriotas de corazón, porque el periodismo á la vez que es el heraldo del progreso en los pueblos, los moraliza é instruye, enseñándoles sus deberes y derechos, sus necesidades y medios de remediarlas.

Y el periodismo literario sirve además, para dar expansión al pensamiento en los diferentes giros de distintas inteligencias, para descubrir nuevos horizontes á la juventud, que en el siglo descreido y materializado en que vivimos, se encuentra como asfixiada entre la electricidad y el vapor; para infundir en su alma, nuevas y más elevadas aspiraciones; y para desarrollar en toda su plenitud las virtudes que posée y que más tarde pueden malear las pasiones ó el viento de la adversidad.

Y es en este nuestro país, en donde más necesitamos levantar el alma á regiones superiores, para salvarnos del mercantilismo, enemigo acérrimo de las *Letras* que no son vales ú órdenes al portador; y de la política ó intriga, que predispone á la bajeza y á la adulación, cuando no obliga, merced á la ambición desenfrenada, á traicionar los más nobles sentimientos del alma.

Pero la literatura, que entre nosotros está aún en la infancia, no es, ni puede ser una profesión exclusiva; y debe considerársela como un medio de ilustrar el entendimiento, erviendo también de saludable distracción en medio de las contrariedades de la vida.

EL TEMPLO DE LAS HADAS.

Los años pasan con rapidez vertiginosa cuando no es el dolor nuestro compañero inseparable. Para la felicidad son arrebatados como por las negras alas del huracán, si acaso, ¡ ay ! la felicidad pudiera contarse alguna vez por años.

Ser feliz es la aspiración constante en la vida, y creemos serlo en un rapto de entusiasmo ó de olvido. ¿Qué otra cosa es el amor, aún en medio de sus mayores deliquios? Qué es la fortuna con todos los goces que promete, pero siempre preñada de cuidados y de inquietudes? ¿Qué la gloria con todas sus falaces perspectivas?.....

Tocamos á las puertas del palacio encantado cuando comenzamos la carrera de la vida. Hemos llegado jadeantes á sus umbrales, y al través de sus espesos muros, adivinamos huríes de negros ojos y de trenzas de ébano que nos abrasan con los destellos de sus miradas, ó vírgenes de color de rosa, y cabellos de oro, con la suave luz que despiden sus ojos de cielo, nos brindan con sus sonrisas, un mundo de placeres desconocidos, delicias inefables del Paraíso. Montones de oro, guirnaldas de mirto y de laurel, todo, todo cuanto puede ansiar el corazón, se encuentra allí casi al alcance de nuestra mano, y llamamos á las ebúrneas puertas del templo sagrado con la confianza que nos dán la juventud, la voluntad y el deseo.

Mas.... la puerta del palacio de los sueños permanece cerrada, que no todos son llamados á cruzar sus umbrales. La mayor parte se estremece al contacto de esos muros helados, y como despertando de una pesadilla, devoran en silencio su primer desengaño y su amargura ; y abandonando la senda de flores que allí los condujera, regresan á regiones más tristes, pero más seguras, tropezando unos para caer y levantarse otra vez, y otros para no levantarse más, quedando como columnas miliarias en el áspero camino de la vida.

Pero algunos, muchos penetran en el palacio de las Hadas.

Armonías celestiales, efluvios embriagadores, flores, perfumes, todo se oye, se vé, se siente, al través de una blanca

nube trasparente. "Allí está! Allí está la felicidad! Corramos á alcanzarla y rasguemos el velo que la oculta. El amor está allí, la gloria está allí, la fortuna está allí! Corramos!"

Y corren, y corren en pos de la nívea nube que lentamente se retira á horizontes desconocidos.

Desesperada es la carrera, y ya algunos, extenuados, sin aliento, han quedado tendidos en el pavimento. Ninguno los socorre. Adelante!

Y la nube se aleja lentamente casi al alcance de los más esforzados. Ya son espectros los que poco antes, llenos de juventud y de vida penetraron en el templo encantado.

Mas, la nube abre al fin su seno para algunos, ¡ay! para cuán pocos! Y esos pocos entran á arrodillarse ante el altar sagrado, á llorar sus sueños desvanecidos, su vida mal gastada, su ambición perdida, sus ilusiones de felicidad remontadas al cielo..... Y sin fé, sin esperanza y tal vez hasta sin caridad, quieren volver á comenzar la vida, ya casi en los umbrales de la muerte. Buscan á tientas su camino atormentados por los recuerdos y por las decepciones, y cuando creen vislumbrar un rayo de luz que pudiera guiarles en la desesperación de su alma, "ya es tarde," les grita una voz que hace estremecer las bóvedas del templo. "Ya es tarde," repiten ellos con moribundo acento, y caen para no levantarse más, lanzando una maldición con su último suspiro.

La blanca nube regresa lentamente: y en prueba de perdón y olvido, cúbrelos compasiva con su manto de armiño, y vuelve á colocarse trás de las puertas de oro del templo de las Hadas.

— —

EL ORO.

Á mi primo, señor ANTONIO VALDÉS LÓPEZ.

Según el diccionario de la lengua, el oro es el más ponderable de todos los metales; tiene muchísima razón el diccionario, pues pesa tánto, que dá peso á los hombres.

Los indios en su lenguaje pintoresco decían, que el oro era: "lágrimas que el Sol lloraba;" y el cacique cubano Huatey, llamaba al oro, "el dios de los castellanos". El pobre cacique ignoraba, que no sólo en Castilla se rendía culto al preciado metal, sino que su influencia se extendía sobre toda la tierra.

Dice un festivo escritor, que el oro fué inventado por un enemigo de la humanidad, quien doliéndose de que en el mundo existieran la amistad y la virtud, dijo: *allá vá eso;* y que desde entonces, empezó á no quedar títere con cabeza entre los hombres.

Hay algunos, (y los ricos dirán que son los pobres) que llaman al oro, metal corruptor, demonio tentador de las almas, patrocinador del vicio, etcétera, etcétera, etcétera; y apesar de todo, son pocos, poquísimos, los que no doblan la rodilla ante el becerro de oro.

Pero con respecto al oro, ó á los que lo poséen, pueden hacerse muchas observaciones; y es curioso y divertido por demás, el papel de observador. Examinar la humanidad en su representante, el hombre, bajo todas sus faces, desnudándolo del falso brillo de su precaria posición y consiguientes pretensiones, es tarea instructiva para el que busca la verdad.

Entremos pues, á un teatro, á una iglesia ó á un salón; esto es, á uno de esos centros en donde se da cita la sociedad de buen tono. Una ojeada será bastante.

Mirad á aquel sugeto que acaba de hacer su entrada. Lleva la frente erguida, penetrante y osada la mirada, el gesto de Júpiter tonante. Vé sin mirar, tose, escupe, aparta con un ademán los estorbos á su paso, sean ellos trastos ú hombres. Recibe salutaciones á derecha é izquierda, que apenas

se digna contestar con una ligerísima inclinación de cabeza. Se sienta al fin en el lugar más conspícuo, sacude su chorrera de encajes, saca el finísimo batista y hace como que se enjuga la frente. Los brillantes que lleva en sus dedos y en la pechera de su camisa, relampaguean como áscuas ; saca su *remontoir* para hacer creer que quiere saber la hora, y en realidad, para deslumbrar con su brillo á los mirones. Se impacienta si la función demora en comenzar, si tarda la salida del sacerdote al altar, si la niña de la casa que más le agrada, se dilata en su tocador. Se vuelve á todos lados, habla entredientes y casi quiere decir lo mismo que Luís XIV: "creo que me hacéis esperar."

¿Quién es este hombre?—pregunto yo al vecino más próximo. Pues es un banquero, un millonario, un hombre de muchos pesos, me contesta. Ya se vé, dije yo para mis adentros ; este hombre es de peso, y pesa tánto, que ya pesa demasiado.

Este es el tipo del *parvenu*, del lacayo y mozo de cordel ayer, y hoy millonario, enriquecido en el garito ó en el ágio, que para el caso es lo mismo. Su oro se convertirá en barro no muy tarde, y su insensato orgullo de hoy, le atrae ya para entonces, como el imán al acero, un diluvio de maldiciones y desprecios.

Pero volvamos la vista á otra parte.

¿Quién es aquella señora tan dengosa y almibarada, cuyo flamante vestido y resplandecientes pedrerías dan muestra de que es una señora de peso?.... Ah! Sí, me dijo el vecino; tiene como el otro muchos pesos, que precisamente ha conseguido con su falta de peso. Su cabeza es tan ligera como su corazón, y no hay nada como la ligereza para medrar. Cada sortija de las que lleva en sus dedos, representa un cápital y un sacrificio; cada uno de sus pendientes, y los cuenta por docenas ha escuchado por lo menos, una declaración de amor. Observe usted sus miradas ; son de triunfo porque está acostumbrada á vencer. Parece querer decir: "yo soy, gracias á mi riqueza, la personificación del buen gusto, del lujo. Tengo oro, mucho oro para hacer resaltar el atractivo de mis prendas personales"; cuando lo que consigue la infeliz es, ocultar su verdadero mérito, desfigurándolas. Es bonita, como usted la vé ; pero con ese aire de conquistador, casi me parece fea. Tiene bellísimos ojos ; pero, ó los abre desmesuradamente, fingiendo sencillez ó espanto y á veces ternura, como los cierra á medias, aparentando languidez, ó deja ver apenas una luz brillante por entre sus casi unidos párpados, simulando el paroxismo de la rabia ó del pudor alarmado ú ofendido. Viste siempre á la última moda, esto es, perfectamente, teniendo especial cuidado en dejar entrever el molde

de sus mórbidas formas. Y á propósito, un tipo semejante inspiró sin duda á un escritor contemporáneo, la siguiente descripción: "La mujer ya no es mujer. Dios hizo una deliciosa maravilla y le dió ese nombre, á todo un conjunto de gracias y seducciones, de frescura y hechizos, de candor y voluptuosidad; pero el diablo la ha tornado en muestra de peluquería y de almacén; ha tapado el sudor con el afeite; sus gracias las ha sujetado á reglas; su voz se ha puesto en música elaborada; su amor es documento fiduciario; sus promesas son de Ministro; sus juramentos, como los de aquellos que juran la Constitución con el propósito de romperla; sus besos saben á carmín; su olor no es de juventud ni de frescura, sino de jazmín y heliotropo; sus formas son apócrifas; su pié es prisionero entre rejas, y su cabeza, víctima de enmarañado laberinto en donde lucen los tres reinos de la naturaleza, para que supla la abundancia de afuera á la vaciedad de adentro."

¿Qué le parece á usted el retrato?

Pues en esa señora vé usted el original. Abur, vecino; y con estas palabras se alejó mi oficioso cicerone.

Quedéme pensativo, y entristecíame el recuerdo de lo que acababa de oir. Los tipos que se me habían descrito, ¿serían verdaderos en toda su deformidad moral? Pero allí están los originales casi al alcance de mi mano: el uno con su vulgaridad é insolencia; la otra, con sus dengues, pretensiones y ridiculeces.

Pero, me pregunto yo, el oro habrá sido creado por Dios, y dádole valor el hombre, para servir á estas miserias? ¿No tendría un fin ó un objeto mas elevado?

Sí, me dijo una voz al oído, los tipos que te han sido descritos son exactos y abundan, por desgracia, en el mundo. Hay séres vanidosos que se enorgullecen con la posesión del oro, que no siempre han ganado honradamente; que creen su ventura eterna; y que se imaginan en su fatuidad, superiores á los desheredados de la fortuna, sin que para ellos valgan la menor cosa, la buena conducta, la virtud y el talento. Pero estos séres tienen la desgracia suspendida sobre sus cabezas, y al primer soplo de la adversidad se doblarán como cañas azotadas por el huracán, y de rodillas pedirán misericordia á los mismos que quisieron despreciar en su prosperidad; porque para la desgracia inmerecida debe haber ánimo fuerte y frente serena que la desafíen; y ante la conciencia del mal proceder, el ánimo se contrista y doblega, y la frente se abate.

Pero, continuó la voz, aunque este mundo no es, como decía el doctor Pangloss, el mejor de los mundos posibles, tampoco debemos juzgar de la Humanidad, por los miembros degenerados que hay en su seno, por más que su número sea

una legión. Mira hácia aquel lado y verás algo consolador. ¿Ves aquel caballero de respetuoso continente, sencillo en sus vestidos y modales, afectuoso con todos, que no usa sortijas ni relumbrones? Pues ese es un tipo que merece ser conocido. Es muy rico, y aunque no parece feliz, pues el dinero no da siempre la felicidad, vive resignado. A nadie abruma con el peso de sus doblones; es caritativo para con los desgraciados, y el ángel tutelar de toda su familia, muchos de cuyos miembros viven de su munificencia. Pronto á servir, siempre lo necesito su bolsa ó sigue cálamente para los

el cielo derramara sobre vosotros sus bendiciones, y ángeles guardianes velarán vuestro sueño; pues no hay nada más dulce que el sentimiento del deber cumplido.

Pero ya es tiempo de concluir. Comencé entre burla burlando, y héteme á los fines, de padre predicador. Es que hay almas que abrigan siempre simpatías por todos los que sufren, por todos los que lloran.

En resumen, el oro en poder de un hombre de corazón, puede ser el benefactor de la humanidad. En el de uno de los que hemos delineado como tipos degenerados de la especie, es á veces, escoria inmunda, azote de sus semejantes, generador de todos los vicios y corruptor de los más nobles sentimientos del alma. Esos tipos representan la vanidad y el egoismo con su cortejo de pasiones desenfrenadas, cuya satisfacción conduce en ocasiones á faltas vergonzosas, cuando no al crimen.

¿Tendrán realmente originales esos retratos hechos á la pluma, ó serán partos de la fantasía?

Ojalá fuera lo último, y el alma reposaría tranquila en la contemplación del hombre de buenos sentimientos, y de la familia modesta y honrada, libre de las tentaciones del oro, y en cuyo tranquilo hogar se anida la virtud.

JOSÉ E. DÍAZ.

Este noble amigo acaba de bajar á la tumba en la flor de su edad, cuando de su inteligencia y juicio cultivados y madurados por la experiencia, tenía tánto que esperar la Patria.

Leal y sincero en todas sus relaciones; buen hijo, esposo y padre amantísimo, su desaparición deja hondo pesar en el corazón de sus deudos y amigos, y en la sociedad entera, un vacío difícil de llenar.

Qué triste es ver troncharse una preciosa vida, cuando todavía, á nuestro juicio al menos, no ha terminado su misión sobre la tierra!

Mas ¿cómo evitar tan desgarrador pensamiento, quizás también impío, cuando ahí, á nuestra vista yace un corazón que ayer no más, latía á todo noble impulso, y acariciaba las más elevadas inspiraciones?

Qué contraste!—Allí está su cadáver mudo como la estátua de la indiferencia, cuando ayer también no más su estilo chispeaba por la gracia y originalidad de sus pensamientos y la donosura de sus ideas!

Cuánta sávia de vida perdida para siempre! Cuánto valor real y positivo vuelto á la tierra, sin haber tenido el tiempo necesario para expandirse y fructificar!

¿A dónde ván esos átomos de la luz eterna que dieron vida á la materia inerte?

¿Volverán al Gran Foco de donde fueron desprendidos para animar á una de las más nobles de sus criaturas?

Ah! sí.—Bendita sea la Religión que así nos lo enseña:—único bálsamo para tan cruel herida.

El premio del buen proceder sobre la tierra, es una eternidad de paz en el seno del Señor; y acá, en los que quedamos aún batallando en este valle de penas, una memoria que brilla con luz inmarcesible, tierna como una melodía, que guarda la Amistad con respeto y cariño en el Arca Santa de los recuerdos.

. . . . . .

Reciba la familia de José nuestro más sentido pésame mientras también nuestra alma está cubierta de luto.

LO QUE ES EL TALENTO.

La perla, según la opinión generalmente aceptada, es una enfermedad del molusco que la acendra; y esa excrecencia es entre las bellas, y aun para los cetros y coronas de los poderosos, uno de los adornos más preciados.

El examen químico nos revela, sinembargo, que no es más que cal pura; y su precioso oriente y nítida brillantéz son propiedades peculiares á su formación y crecimiento, aceptado como un hecho el origen que se le atribuye.

La poesía, que todo lo idealiza, se ha encontrado en ésta como en otras muchas cosas, con la prosa rastrera que ataja su vuelo por medio de la Química. Ya no es la perla *una gota de rocío coagulada en las entrañas del molusco*, ni el *engendro de un rayo del sol al través de las aguas*; á lo que se ha atribuído también su color tornasolado é irisados cambiantes. Aún se dice que en la India la perla se forma artificialmente, introduciendo en el molusco pedacitos de metal ó de vidrio que van cubriéndose poco á poco de la sustancia nacarada

La ciencia ha descubierto pues, su origen terrenal y prosaico, y la ilusión poética se ha vuelto á las nebulosas á juntarse con la multitud de sus compañeras, ahuyentadas de la tierra por la electricidad y el vapor; y al diamante se le llama carbón, cal á la perla, y á las rosadas nubes que figuran angeles ó endriagos, *cumulus, nimbus, cirrus*, etc., según su figura y posición sobre el horizonte.

Ya no hay poesía. La mano de hierro de la industria todo lo normaliza sujetándolo á reglas invariables. A los bosques seculares obra de la naturaleza, con su desorden lleno de atractivos para el observador, opone el parque inglés, con calles rectas como la rigidez de las costumbres británicas, ó como el paso majestuoso y mesurado del avestruz ó del pavo real, modelo sin duda estudiado por esos insulares para arreglar el suyo.

Ya las serenatas al pié de las rejas del *adorado tormento* pasaron de moda; y las niñas se preocupan más, si posible es, que las previsoras mamás, de arreglar su porvenir con

la cabeza y no con el corazón. El "cuanto tiene," es la primera idea que asalta á una polla casadera, y sin que se altere el número de sus pulsaciones finge el rubor lo mismo que la indiferencia ó el enojo, mientras su cerebro se fatiga con sumas y restas.

A la verdad, la víscera del cuerpo humano llamada corazón, está casi del todo moralmente anulada. Su misión ha quedado reducida á la de una bomba que aspira y repele la sangre con la regularidad de un cronómetro. Antes se pensaba con la cabeza y se sentía con el corazón; pero suprimidos hoy los sentimientos, la cabeza asume los dos poderes, y todo lo reduce al cálculo.

Este sistema tiene sus ventajas, pero también hay el reverso de la medalla. La Matemática es ciencia exacta, convenido; pero los matemáticos son ya otra cosa, y se dice con justicia, que el error es herencia de la humanidad.

De aquí proviene el sinnúmero de equivocaciones que sufrimos en la mitad del tiempo de la vida, y las rectificaciones que nos empeñamos inútilmente en hacer en la otra mitad. Tiempo perdido, por más que el talento venga en auxilio de las rectificaciones.

El talento he dicho, y ¿qué será el talento?

El orgullo humano ha llegado á pensar y á decir "que es un átomo desprendido de la esencia de Dios." Y ¿qué dirá cuando el talento se emplea en el mal? Entonces, ¿será un átomo desprendido de la esencia del diablo?

Si la idea se forma en el cerebro lo mismo que la orina en los riñones y la bilis en el hígado, según afirma el naturalista Vogt, entonces el talento es producto del sistema nervioso en el cual tiene su asiento, y por lo tanto, tiene razón Broussais cuando dice, que el talento es una *neurosis*; esto es, una enfermedad, que como la del molusco, es inherente á séres privilegiados, por más que sea el privilegio del dolor, pues toda enfermedad trae consigo penas y quebrantos.

La sobreexcitación de los nervios suele exaltar el ánimo hasta el delirio; y esa tensión que en ocasiones hace estallar aquellos en la forma de la ruptura de un vaso sanguíneo, ó en otra distinta, pero igualmente fatal, es el resultado lógico de una enfermedad á la que se rinde culto, bien lejos de sospecharse los sufrimientos indecibles que causa. Como solaz único á sus dolencias, adornan á veces las frentes de esos enfermos sublimes, coronas que como la del Cristo, llevan ocultas por las rosas espinas punzadoras.

No sé quién ha preguntado si *el genio* ó dígase *el talento*, aunque no es exactamente lo mismo, no es una fuerza exterior de que el hombre es irresponsable y quizás inconscien-

te. Inclinado estoy á creerlo, pues no tiene genio el que quiere, ni es hereditario el talento. Sólamente diría yo que esa fuerza ha de ser *interior*, como sería más natural.

Dante, Petrarca, Cervantes, Tasso, Shakespeare, Goeth, Cimarrosa, Chateaubriand, Donicetti, Rossini, Byron, Espronceda, Lamartine, Musset, Hugo, etc., no han sido tan grandes, ha dicho álguien, sino por haber soportado vibraciones cerebrales, cuya intensidad era un suplicio.

Y César, y Alejandro, y Mahoma, y Napoleón, y Bolívar, grandezas de otro orden, fueron víctimas de la misma enfermedad, y soportaron análogas vibraciones cerebrales, aunque por razón de su temperamento los encaminaron á distintos fines.

"Ah! si yo tuviera talento!" hemos oído decir á más de uno; y á otros: "Ah! si yo tuviera el talento de Fulano!"

Qué hilaridad causa esta pretensión, equivalente á estas otras:

"¡Ah! si yo estuviera tísico! Ah! si como fulano, yo padeciera de epilepsia ó de la gota!"

Y esto es poco decir, pues la enfermedad *talento* es de nacimiento, y las otras son accidentales.

Pero el talento no es una mercancía y no puede justipreciarse. Cuando como toda enfermedad hace crísis, produce á veces obras maestras engendradas por el sufrimiento. En ocasiones, el exceso del mal aniquila al paciente y la muerte física ó moral es la consecuencia.

Por lo general, el dolor arranca quejas ó imprecaciones en que se exhala la desesperacion, ó las melodías inmortales del martir resignado;—que el martirio es también una bendición del cielo según Mazzini. Y esas imprecaciones y quejas y melodías, retumban á veces en el mundo, llegando el eco á la posteridad.

Pero el error de más bulto consiste en creer que el talento conduce á la felicidad y á la fortuna, cuando antes bien es una rémora para obtenerlas.

Selgas ha dicho: "Pierde la vergüenza, y tendrás fortuna;" pero por honor de la humanidad rechazo esta sentencia tan corta como incisiva, que no tiene una aplicación absoluta.

Es verdad que si fortuna significa *poder* y riqueza, puede alegarse que no siempre el *poder* es honra, y que no toda riqueza es fortuna, pue á algunas riquezas, es preferible la pobreza que no amengua, sino que dignifica aquilatando el carácter.

Si el hombre es irresponsable ó inconsciente del talento que en depósito le confía la Providencia, bien por los medios

materiales de su organismo animal, ó por inspiración divina, su misión en la tierra es extraña á su voluntad, y obedece á un poder superior, llámesele como se quiera, que para el complemento de sus designios, ha empapado su espíritu en un fuego devorador que lo consume.

En la felicidad completa se enervaría, y su destino es el viage eterno del Judío errante, por desiertos sin agua ni flores, por zarzales interminables que hieren sus plantas, por entre nubes preñadas del rayo que al estallar le ofuscan sin lastimarle! Siempre adelante, siempre siguiendo la estrella misteriosa que le sirve de guía, invisible para la multitud; siempre solo en medio del mundo que no le comprende, atraviesa por el escenario de la vida como un fuego fátuo desprendido de una tumba, que habrá de posarse sobre la suya ya abierta, que le espera impaciente.

No es el lago apacible de aguas dormidas y trasparentes, bordado por arenas de oro, en donde reciben el calor primaveral el delfín y la sirena, adormeciéndose al cadencioso murmullo de las suaves ondas que levanta la ligera brisa, quejándose al morir en la ribera.

No es el perfume de los jazmines en flor, del limonero, de la madre-selva, y del manglilio, que embriagan los sentidos y convidan al reposo en los calores del ardoroso estío, cerrando lánguidamente los ojos del cuerpo á la luz, y los del alma al dolor y al recuerdo.

No es el canto del ruiseñor, ni la monótona melodía de arpas cólias tocadas por genios invisibles, cuyas notas adormecen sin extremecer las fibras del alma, que suspira satisfecha y se extasía en la dicha infecunda.

No, nada de eso es el genio de brillante aureola, que oculta el horrendo martirio.

Es el furente mar que azotado por el huracán, levanta montañas de plateadas cimas que se deshacen al estrellarse en encontrado giro, para de nuevo alzarse y chocar otra vez como los gladiadores del circo romano: lucha desesperada y eterna, trabajo de Penélope entre lo real y lo imaginario, hoy triunfante y vencido mañana, desvaneciéndose siempre, así como en cascadas de espumas las montañas del líquido elemento, la idea que trabaja la mente, unida al sentimiento que corroe el corazón.

Es el grito de desesperación de los condenados en el infierno, al decir adiós á la esperanza.

Es la duda, asiéndose de una última tabla en el naufragio de la Fe con sus vacilaciones y desmayos.

Son ansias, delirios, blasfemias, imprecaciones, lamentos, sollozos, lágrimas, fuego interior que consume cuando ya no vivifica, los distintivos del genio.

" El Paraíso Perdido " y " La Divina Comedia", " El Quijote " " Fausto " " René " " Manfredo " y el " Diablo Mundo ", y otras tantas obras inmortales; hé ahí el genio en una de sus más dolorosas acepciones.

Palpitantes de verdad en su expresión, esas obras han sido hijas de sufrimientos indecibles, producidos por vibraciones cerebrales de intensidad abrumadora.

El heroísmo no es el valor de la resignación, sino el genio.

Y la ambición quizás es también genio; pero se juzga de su mérito por los resultados.

Hay genios de otro orden.

Guttemberg, Fulton, Howe, Watt, Morse. Eddison, benefactores de la humanidad, espíritus creadores á fuerza de investigación y estudio. Genios pacíficos, desconocidos en su aurora, como todo genio, benditos seáis ! La posteridad hace siempre justicia, y con bendiciones premia ya vuestros méritos.

El talento aplicado á la industria: hé ahí el progreso.

El talento aplicado al estudio moral, intelectual y social de la humanidad en cuanto se relacione con sus necesidades físicas ó morales y el desarrollo de las sociedades en sus múltiples faces: hé ahí la ciencia.

El talento que hace veces de cirujano, y que descubre como con un escalpelo las llagas de la humanidad, sin curarlas, es la enfermedad-talento, es el martirio.

Es Larra, que busca el descanso de su alma, agitada por la pasión, en la boca de una pistola.

Es Musset, que espera encontrar, como Mürger, como Heine, en el fondo de la copa, el olvido de dolores, más imaginarios que reales, creados por su genio.

Es Byron, espíritu nebuloso y sombrío, fatigando á la Gloria, que entre los terríficos resplandores de una tempestad de rayos, obedece á su invocación, en blasfemias y gritos desgarradores, ó en imprecaciones sublimes en su horror, para acompañarle á la tumba que escogió en Missolonghi, ofrendando su vida en holocausto á la Libertad.

Es Cimarrosa, es Bethoven, es Donizetti, es Mozart, es Rossini, que en armonías que parecen robadas al coro de los ángeles, exhalan sus dolores, tiernas á las veces como una melodía, y aterradoras en otras, como el rugido del león ó el bramido de la tempestad.

Y sinembargo, con frecuencia decimos: ¡ " Quién tuviera talento! ¡Cómo fuera yo un genio!"

Y así mismo dicen algunas mujeres: " ¡ si yo fuera hombre !"

Y si fueran hombres, verían que no era ilimitado su poder

como el genio, por lo mismo que se cierne por esferas superiores, llega á sentir como Icaro derretirse sus alas, y caer á la tierra á palpar la realidad.

Y qué abrumadora es la realidad para los espíritus soñadores!

¿Qué es pues, el talento? ¿Es acaso la enfermedad sagrada, con sus períodos intermitentes, sus desfallecimientos, su convalecencia ó su decadencia y muerte?

Si es ella, el angel exterminador debe completar su obra antes de que el corazón se atrofie, antes de que el gladiador cansado, incline la cabeza sobre el pecho, y declarándose vencido, espere el golpe de gracia del Tiempo, que tenaz lo asecha. Que hiera la frente, mientras, altiva, desafía las tempestades.

.....

Se ha dicho que el talento, como la llama, lo purifica todo.

Lo que tiene de cierto este aforismo es, que el talento como el fuego consume al que lo posée.

Ay! y cuántas veces aventadas las cenizas de la frágil arcilla que lo contuvo, van á perderse en la inmensidad de los espacios que vela el Misterio.

¿Hacia dónde dirigen entónces su vuelo esos geniecillos alados, mariposas de brillantes colores que golpean las sienes y cosquillean el corazón?

¿Al pararse la máquina vital, se habrá gastado ó reventado la cuerda?

¿Ó la sustancia etérea que la vivificaba, se escapará del vaso terrenal y errará vagabunda por regiones desconocidas, hasta que en virtud de la ley de la atracción, otra redoma humana vuelva á recogerla!

Quién sabe! y esto es cuanto ha podido contestar el talento.

Frecuentemente se confunde éste con la inteligencia.

El talento es un dón sobrenatural con que Dios enriquece á algunos hombres por inspiración divina, según unos; ó proveniente de su organismo material, según otros.

La inteligencia es el acto de entender, esto es, la facultad intelectual.

Y á propósito, voy á copiar algunas de las definiciones de la inteligencia, que en mi concepto son más bien aplicables al talento.

"La inteligencia debiera servir de llave de oro que pudiera abrir las puertas de la felicidad, mas con frecuencia sólo sirve para abrir las puertas de la desgracia. Casi es preferible el simple instinto.....

"A Cervantes le sirvió la inteligencia para vivir menos-

preciado y morir hambriento. Después han aplaudido "El Quijote", pero ha sido ··· después."

"La inteligencia sirve para atormentarse á sí mismo.'

"La inteligencia sirve de desesperación á los que la poseen, cuando tienen que alternar con los que carecen de ella."

"La inteligencia sirve para ver un poco más lejos dentro del abismo sin fondo que nos separa de la ciencia."

Y á veces, puede agregarse, la suprema expresión de la inteligencia, aunque parezca una paradoja, es la carcajada que precede á la demencia.

Queda dicho que las anteriores definiciones son más bien aplicables al talento; y á la verdad, este no es otra cosa, sino una enfermedad nerviosa que, produciendo excitaciones cerebrales intensas, da por resultado á veces y mientras más laboriosa es la crísis, obras maestras, según el temperamento del paciente; y en otras ocasiones, que son las más frecuentes, se realiza al pié de la letra el *mons parturiens* de la fábula de Esopo.

¿Envidiaremos todavía á esos pobres enfermos, víctimas de dolencias insoportables que se tornan huraños é incomprensibles?

No sé lo que pensarán los que hayan tenido la paciencia de leer este escrito; mas por lo que hace á mí, yo si envidio la enfermedad sagrada, y es lo único que envidio yo, sí exclamo: ah! quién tuviera talento! ¡Cómo fuera yo un genio!

Pitágoras dijo: "Calla, si lo que has de decir no vale más que el silencio."

Creo sinceramente que las anteriores líneas no valen el papel en que están escritas; pero *quod scripsi, scripsi*: cúlpese á la poca habilidad del artista por lo defectuoso de la obra.

. . . . . .

Hé aquí, pasto arrojado á los Aristarcos de profesión, quienes más hábiles para criticar que para hacer, juzgan toda obra literaria con un criterio *sui generis*, pues que el juicio es sinónimo de la condenación, según la fórmula sacramental hoy en boga, entre la mayor parte de los hombres del *tanto por ciento, de los cachivacheros políticos, y de los juzgamundos de oficio*, plagas mayores que las de Egipto, con que Dios se sirvió afligir á las sociedades.

Esa fórmula es concisa; héla aquí: "La literatura es fruto de la ociosidad".....

Manes de Espronceda, de Byron y de Victor Hugo!—dejad vuestra morada de paz, y protestad contra esa blasfemia; y defended á los que, infinitamente pequeños, aguijoneados por la sed de lo desconocido, de lejos, muy de lejos, seguimos, guiándonos por su luminosa estela, á los infinitamente grandes.

Si la literatura es el fruto de la ociosidad, erijamos á esta un templo cuando es generadora de obras inmortales, de inventos maravillosos para el bien de la humanidad.

Los poemas de Horacio levantaron el espíritu en decadencia del pueblo griego, y lo prepararon para los hechos grandiosos que inmortalizaron su nombre.

Newton, Walh, Howe, Watt, ociosos sublimes, han regalado al mundo el fruto de sus observaciones en la soledad y el silencio.

Bendita sea lo ociosidad que observa y crea, que difunde la luz y el progreso por todos los ámbitos de la tierra.

CHARLA.

Regreso de una escursión veraniega al pintoresco valle de Chepo Tengo la cabeza llena de idilios en embrión, como si dijéramos, en forma de crisálida todavía; y héteme otra vez metido de rondón en la prosa rastrera de esta más rastrera vida, por lo asendereada y penosa en sus realidades.

Llego á mi escritorio, y los pergaminos y papelotes parecen mirarme con sorna, algo así como con una sonrisa sardónica.

"Te fuistes huyéndonos, ah! pícaro!" parecen decirme con sus interminables líneas de ejércitos ó legiones de garabatos llamados letras; "pues ya te tenemos otra vez," figúraseme que continúan diciendo, y "ahora vas á pagar caro tu escapatoria."

"Aquí estoy yo," me grita un señorón expediente, viejo como un pecado mortal, pues nació en los tiempos de Pepín, ó sea del rey Pepino, que todo significa lo mismo; y barrigudo como un cervecero austriaco. "Aquí me has tenido esperándote, y ahora á tu oficio."

Yo represento de una parte, la razón y la justicia; y de la otra, una desmesurada ambición apoyada en *trampolines* legales. Vé bien lo que vas á hacer. Mi todo se compone de dos partes no solo heterogéneas, sino opuestas: se juega en mi *personalidad* que sirve de tablero, el hogar, el bienestar, quizás la honra de una familia.

Si los sofismas y las argucias te ofuscaren; pobre de tí, que habrás causado grave mal, que habrás cometido una injusticia!

Y si tu razón y tu inteligencia las inspira la Providencia para iluminar tu sendero, ¡pobre de tí también!

Serás un bárbaro, un salvaje sin crisma de bautismo, y tendrás un odio implacable más que apuntar en tu libro de cuentas corrientes con las locuras é irracionalidades de los animales racionales.

Escoje, pues, y al avío: que todo se paga en este mundo por medio de una ley universal, pero que en su aplicación, es ni más ni menos que como las nuestras, y que se llama, si recuerdo bien, *de las compensaciones.*

Te has desperezado un poco, saboreado las cristalinas linfas del "Mamoní" y del "Chichebre," comido el tasajo campesino servido en rústico plato para hacerlo más apetitoso; y has disfrutado otras mil gollerías, como los zancudos, jejenes y garrapatas, que son otras tantas bendiciones de Dios; pues, paga amiguito, paga ahora con tu cabeza y con tu pulmón; y suda aunque sea sangre, á veces pidiendo á todos los santos y santas su bendita intercesión en apurados trances.

Ráscate, amigo, la cabeza, como se ara la tierra para hacerla producir, por más que esté gastada su sávia productora; que aquí, puede aplicarse por analogía, lo que mi amigo, el eximio poeta cubano don J. J. Palma, dijo alguna vez:

El pensamiento no crea
Cuando el corazón se muere

Pero hombre de Dios, interrumpí á mi panzudo y sempiterno hablador, apenas, apenas llego, y ya me tiene usted cocido y molido y amolado; y es lo peor, que usted hace aquí de jefe de sección por su volumen; pues la mayor parte de las gentes solo admiran lo que hace mucho bulto. Y como yo no hago ninguno, pues usted y sus compañeros, y las miserias y pi..... que todos ustedes encierran, se están engullendo la poca carne que por milagro me dejaron adherida á los huesos las enfermedades, que también se han declarado eternas compañeras mías, resulta ó resultará, que si por beber agua cristalina, respirar aire puro, saborear un lomillo de conejo ó de zahino, no en plato rústico que supongo será de palo, de piedra ó de mimbres y hojarascas, sino en plato de la China, esto es, en una de sus falsificaciones; y descansar de usted y de sus compañeros unos cuantos días que sólo me han parecido minutos, tengo que aguantarme otros tantos sermones como hay interesados, resultará, repito, que darán ustedes en tierra con mi pobre humanidad, lo que todavía no me convendría mucho, por no haber tenido tiempo, á causa de ustedes, de pensar maduramente en ese negociado.

Con que así, déjenme ustedes en paz con sus filipicas y consejos. Cuando temo asfixiarme en la atmósfera creada por ustedes, atmósfera deletérea como hay pocas, lío mis bártulos, y aprovechando los escasos respiros legales, me largo por esos trigos, y olvidando en ellos los años y sus achaques, trisco como un becerro por las praderas, bebo un poco de su leche, que me permito robarles, ó que para no aparecer prevaricador, hago pacto con mi conciencia, ó por mí y ante mí declaro que me la ceden en forma y por su espontánea voluntad; contemplo allí libre de cuidados, un cielo espléndido,

panoramas que parecen encantados, y oigo armonías más delicadas y tiernas que las de Mozart ó de Rossini, producidas por los instrumentos llamados por los antiguos arpas eolias, bajo la dirección de un maestro de orquesta admirable, que es el corazón del hombre, vuelto niño en medio de la naturaleza, inimitable en todo, en sus detalles, como en su conjunto, inspirado por sus recuerdos, y confiado en las tres Potencias con que el Supremo Sér, lo guía, lo consuela y lo fortalece.

Y cuando vuelvo entre ustedes, y los contemplo, más con el criterio que con los ojos materiales, siento mi espíritu retemplado para la lucha. ¡Guay del que esté falto, que no habrá misericordia, pues ese atributo se lo reservó Dios, y si no se lo hubiera reservado, se lo ha endosado á Él solo, en estos andurriales, la ley.

Con que así, digo yo, á usted, señor hablador, paciencia y espere á su turno.

Terminé mi *speech*.

Y ahora barrunto que álguien atribuirá á este mamotreto, humos y pretensiones de literatura. Protesto formalmente: llámesele pasatiempo, si se quiere.

En ciertas instrucciones para formar el censo de la población, leí lo siguiente: "***Literato***. El que *vive* de la Literatura, ó que hace de ella su principal ocupación." Desde entonces dije para mi capillo: esto no es para mi tierra: aquí no se puede *vivir*, como tampoco se podrá en parte alguna, de lo que no existe.

Ni siquiera admite aquí la Literatura la comparación con un cadáver, porque la idea de éste, presupone preexistencia; luego si nadie *vive* entre nosotros de las Letras, á no ser de las de cambio, ni hay persona que haga de ellas su ocupación principal, por la misma razón, á no ser los cajistas, resulta que ho hay aquí Literatura ni literatos.

Y ...punto final mientras se crea la Literatura istmeña.

EL CARÁCTER

Ó

ESTUDIO JOCO-SERIO SOBRE EL CORAZÓN HUMANO.

Á mi primo, señor RAMÓN VALDÉS LÓPEZ.

El corazón humano!....es decir, un abismo,—lo incomprensible,—el caos.....

Estudiémosle, si fuere posible.

A la verdad, ningún estudio puede ser más interesante, sobre todo, para aquellos en quienes ejerce atractivo poderoso, todo lo que, en el sentido moral, se relaciona con tan importante víscera del organismo animal.

Un médico, se extasiaría en la contemplación de su mecanismo, procurando explicarse los múltiples resultados en todo el sistema orgánico, del movimiento ó función de sus válvulas, que respectivamente ha denominado la ciencia, *sistole* y *diastole*.

Un novelista no se ocupa, ó se ocupa poco, en averiguar las causas físicas de la circulación de la sangre, de las partes componentes de ésta, y de su influencia vital sobre el individuo. Todo lo que le interesa es, leer en las fibras del corazón humano como en las hojas de un libro,—el bien y el mal, el deseo y el temor, la esperanza, el placer y el dolor, el amor y el odio; y en fin, todo lo que puede alterar ó modificar estos sentimientos, ó hacerlos degenerar en pasiones, bien sea remontándose á las regiones de lo bello y de lo bueno, en lo ideal; ó ya hudiéndose en los abismos, al través de las tempestades del dolor y de la desesperación hasta llegar al crimen:—último peldaño en la escala de los humanos infortunios.

Se dice que el corazón es el sitio del sentimiento. Pero ¿qué es el sentimiento? Es una impresión del espíritu.

Y aquí la duda se interpone y arguye: ¿se siente con el corazón ó con la cabeza? Si el espíritu es el que recibe las impresiones, es indudable que el fluido moral es trasmitido por la sangre al corazón,—especie de istmo canalizado en el cuerpo de los animales;—luego entonces se siente con ambos. Y de esta consecuencia resulta una contradicción. Hé aquí un ejemplo:

La vista de una hermosa joven nos causa placer; y el pensamiento de sus encantos, engendra el afecto más tierno, ó cuando menos, el deseo. Y no sucede así con el odio:—éste, manifiesta en sí mismo otra causa, que no es ni puede ser la simple vista de una persona, que, todo lo más, puede sernos antipática desde el principio; luego el odio acusa pensamiento y reflexión, cualidades que el corazón no posee. Y de esta manera, si admitimos los amores instantáneos ó poco menos, pues el pensamiento sigue á la mirada, adjudicamos éstos al corazón en colaboración con el espíritu; y á éste, ó sea á la cabeza, relegamos los odios exclusivamente.

Pero éstos y otros fenómenos incomprensibles, á la verdad, serán atribuidos por los sabios, á "productos de la masa encefálica, combinados con las trepidaciones del tegido nervioso de la médula espinal"; lo que bien puede ser más incomprensible todavía.

Que la influencia moral enardece la sangre, es indudable, y así se explica que ésta afluya al corazón ó refluya de él, según las impresiones. Que estas impresiones sean más ó menos fuertes, rápidas ó duraderas, según la índole, genio, condición ó temperamento de un individuo; y de aquí el distintivo por el cual se diferencian los hombres, que es lo que se llama *carácter*.

La Bruyère escribió un libro sobre los *caracteres*, obra justamente celebrada, porque es buena en su género; pero en nuestra humilde opinión tiene el defecto inevitable de individualizar, en vez de generalizar, en gran parte, sus apreciaciones; y como no hay dos caracteres enteramente iguales aunque sí muy semejantes, la tarea de presentar á grandes rasgos el carácter de los hombres, sería interminable, pues sólo estaría limitada por el número exacto de los individuos de la humanidad

Mucho más fácil y más corta sería la descripción de individuos de otras *familias*, como las hormigas, las abejas, etc., en el reino animal; ó las orquídeas, gramíneas, etc., en el vegetal, que pueden calificarse por grupos, según sus afinidades, que casi llegan á la igualdad, pero ¿cómo clasificar á los hombres?

En lo físico, casi todos tenemos en la apariencia al menos, órganos perfectos;—somos máquinas perfectamente montadas, en ejercicio contínuo. Y sin embargo, hay manos que parecen garras: pies, que no parecen sino espátulas; ojos, que parecen trasplantados de la cabeza de alguna víbora; narices de hiena, y bocas que proclaman la paternidad del cocodrilo ó del tiburón. Y estómagos -- ay! qué estómagos! Poco es compararlos con el buche del avestruz. ¡Qué fuerza digestiva tan poderosa! ¡Qué máquina de vapor podrá igualarles! ¡Qué poder de asimilación, Dios eterno!....

Según nuestro modo de pensar, los hombres no deberíamos tener sino una sola forma: que todos, *toditos*, hubiéramos sido formados por el mismo molde; aunque según Jules Verne, "hubiera originales que el Creador inventa por capricho pasajero, rompiendo el molde en seguida."

Sugiérenos esta idea, la observación que hemos hecho en los irracionales.

Los monos, por ejemplo, que quitándoles el apéndice posterior, son hombres primitivos; especies de Adanes, á lo que sospechamos, y cuyo apéndice, entre paréntesis, puede no ser otra cosa que una excrecencia debida á lo exhuberante de su naturaleza en su estado de libertad completa; los monos, decimos, son exactamente iguales en cada una de sus familias; y las ardillas, los tigres, panteras, lobos, etc.; y en las aves, aún es más justo este aserto.

Si hay diferencia perceptible, ésta será sólo en el color; y ya sabemos que el color es accidente, según una teoría popular que puede necesitar demostración. Los hombres podríamos pues, tener apenas, la diferencia de ese *accidente*, como sucede en los demás animales, y los rasgos distintivos de cada familia, entendiéndose por ésta, no la distinción social del apellido, sino el origen y el entroncamiento de la raza. Y sin embargo hemos visto un *chimpancé* en un jardín zoológico; y feo, horriblemente feo como es este animal, en su semejanza con los séres llamados racionales, aún hemos visto algún individuo de la especie humana, más feo todavía. Tanto así, que llegamos á dudar que fuese hombre; y le negamos el derecho ó parentesco de prejimidad.

Pero como el molde no es igual para todos los hombres, por la sencilla razón de que no lo es; si cada hombre en lo físico es una figura especial, en lo moral, oh! ahí está la mejor prueba, con perdón de Darwin, de que somos hombres, ó mejor dicho, de que no somos monos, por más que el parecido sea sorprendente.

La parte moral reside, si puede tener residencia, en el corazón; pues bien, si se toman diez corazones aún palpitantes y se colocan sobre un plato, serán otros tantos órganos,

diferentes tan sólo por su volumen. Y á pesar de ésto, cada una de esas pulpas rogizas, puede asegurarse que, si no diametralmente opuesta á la otra, sí es muy desemejante. Hay más todavía: -en cada una de ellas, se encierran, tal vez en vesículas microscópicas, no descubiertas aún por la ciencia, fluídos misteriosos que representan el amor, el odio, la ambición, etc.; pero son odios, amores, ambiciones diferentes los de cada una de ellas; no hay dos iguales.

Y para colmo de asombro, una misma de esas pulpas sanguinolentas, suponemos que será abriendo ó cerrando vesículas distintas, según esta teoría, ama hoy lo que ayer aborrecía y vice-versa; y desdeña mañana lo que fué la ambición de mucho tiempo, ó al contrario. Pero, á qué obedecen esos cambios? ¿Será á la sangre? ¿será al temperamento? Todo es lo mismo! La dificultad, ó sea el hecho, existe.

Hay una escuela que ha tratado de explicar todos los fenómenos sicológicos, como productos de la materia en acción, y en este caso es valedera nuestra teoría sobre las vesículas del corazón, y nuestra semejanza con los irracionales, es más pronunciada de lo que generalmente se crée,

Otros atribuyen esos mismos fenómenos, á cierto fluído misterioso, que llamamos *alma*, y que negamos á aquellos. Si así es, buen flaco servicio nos hace el pretendido espíritu, puesto que á él debemos *gangas* de que carecen los que no lo tienen encerrado en su envoltura de carne.

El mono ama á su compañera, y como en su gobierno, diferente el gallináceo, no está permitida la poligamía, se conforma á más no poder, con su consorte, como sucede á menudo con el *bímano* racional, que no ha tenido la suerte de nacer en Turquía. Odia al invasor que viene á robarle la nacionalidad de su árbol primitivo, como si dijéramos, su casa sola riega; le resiste y lucha; lo mata, ó muere en la contienda, y Santas Pascuas. Como el mundo es suyo, tiene manjares en donde quiera para saciar su hambre, y purísimos manantiales en donde refrigerarse; y vive patriarcalmente educando sus hijuelos al calor de su hembra. Á veces hace incursiones en las heredades vecinas, tan sólo por *curiosidad*, defecto originario del Paraíso, común á los hombres y a los....monos.

Ya se vé pues, qué número tan limitado de vesículas habrá de contener el corazón de los monos.

Pero este artículo va haciéndose interminable, y apenas comenzadas á esbozar sus tendencias, es fuerza suspenderlo hasta otra ocasión propicia. El tema es fecundo; y sobre él han disertado teólogos y moralistas, bachilleres y poetas, políticos y hombres de Estado, lo que en nuestro concepto no es lo mismo. Y estamos tan adelantados como antes.

Pero como ramillete de este mal surcido escrito, se nos

ocurre preguntar: ¿Cómo se explica, por qué ley de afinidad ó de analogía, ó para honra de la humanidad, por qué ley de contrastes, cómo se explica, repetimos, que en casos dados, sólo dos animales se complacen en escarbar los sepulcros: la hiena y el hombre?

Si esta idea es desconsoladora, hé aquí otra, que es una verdadera degradación de la víscera importante por excelencia: de aquella en donde se supone el asiento, ó mejor diremos, el origen de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo bueno. Oigamos á Castelar: "El órgano más patriota de nuestro cuerpo, más patriota aún que el corazón, es..... el estómago." Valiente patriotismo!

Oh! miserias y pequeñeces de las cosas grandes.

Pero terminemos.

El *carácter*, no es sólo la índole de los hombres: también se dice: "el carácter de letra," "los caracteres, por las letras"; y ésto es un tanto metafísico, á no ser que tenga su aplicación, en la opinión de algunos, de que "por la letra se conoce el carácter."

Si fuera así, ésta será la causa de lo incomprensible del carácter de los franceses, cuya forma de letra, especialmente en las firmas, es inimitable por la escritura: tal vez podría dibujarse.

Mas, hablemos en sério. Si las *sensaciones* por su misma naturaleza, son obras ó productos de la materia, los *sentimientos* tienen necesariamente otro origen. Y si bien el egoísmo es generalmente la base de las acciones humanas, hay que convenir en que existen, por ejemplo, afectos desinteresados, como el amor maternal; inspiraciones sublimes que conducen al heroísmo; creencias inmutables que desafían el martirio: Amor, inspiraciones y creencias, que ninguna combinación material puede producir, ni teoría alguna sobre el organismo animal, explicarla satisfactoriamente.

Pobre Ciencia humana! Pretendes escalar el Cielo, y tu poder no alcanza á descifrar el misterio que encierra una pulpa de carne!

Corazón humano! siempre serás un abismo, un arcano impenetrable .....el cáos!

CONSIDERACIONES GENERALES

ACERCA DE LAS CAUSAS QUE PRODUJERON LA EMANCIPACIÓN DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS. (*)

Tres siglos hacía que la España había sentado sus reales en la mayor parte del Continente descubierto por Colón. La gloriosa bandera de Pavía y de Lepanto tremolaba orgullosa sobre las empinadas crestas de los Andes, como símbolo de su dominio sobre esos gigantes de la tierra, y sobre sus vertientes que besan dos Océanos.

Rebaños de hombres poblaban ese Continente, gobernados por agentes del gobierno español, quienes con los títulos de Vireyes, Oidores, Capitanes generales, etc., eran soberanos absolutos en las regiones confiadas á sus cuidados. Las leyes de la península ibérica eran las destinadas á imperar sobre muchedumbres ignorantes y abyectas, sin cuidarse de modificarlas, como habría sido necesario, de acuerdo con su carácter y costumbres. El orgullo español estaba satisfecho con la posesión del paraíso que debía al genio del ilustre genovés, sin preocuparse por el estado moral, intelectual y social de sus habitantes, á quienes,—parece increible!—fué preciso que el Papa Alejandro VI les concediese por medio de una bula, el título de *séres racionales*, estableciendo al amparo de esa concesión, un repugnante comercio con la sangre humana.

La política que la España observaba para con sus colonias parecía cifrarse únicamente en perpetuar el vasallaje por medio de la ignorancia y el terror. Se descubre en toda ella, examinada hoy á la luz de la fría razón, como el presentimiento de lo efímero y pasajero que habría de ser su poder en esas comarcas; y de ahí, el empeño en mantener aherro-

(*) Composición premiada con diploma de honor en el concurso literario que tuvo lugar en esta ciudad, en el Centenario de Bolívar.

jadas las manos, sellados los labios y ahogado el pensamiento de sus colonos.

La instrucción de esas muchedumbres no podía convenir á sus cálculos de opresión eterna: bien sabía que el pensamiento cultivado inunda de fuego el corazón, y hace brotar de él el germen de lo bueno, de lo bello y de lo justo. Con razón, en el egoísmo de los que creyeron sus propios intereses, establecieron severas restricciones respecto de la enseñanza, paralizando la fuerza vital de esas generaciones llamadas á un brillante porvenir.

Los cuatro quintos de la población no aprendían á leer por falta de escuelas suficientes; y en el corto número que de éstas existía á la sazón, todo el aprendizaje se reducía á leer, escribir y contar; pues era máxima entre los españoles, que "los criollos no debían aprender otra cosa, sino la doctrina cristiana, para permanecer sumisos á la Metrópoli, que era su principal deber." Y aún,—quién lo creyera! Carlos IV, á principios de este siglo, se opuso á la fundación de una Universidad en Mérida, alegando que la instrucción no convenía á los americanos!.....

En las pocas colonias entonces establecidas, la enseñanza estaba limitada al latín, nociones de Filosofía, de Jurisprudencia, de Derecho Civil Romano, el Canónico, etc., y todavía, poco antes de la Revolución, según un historiador contemporáneo, se prohibían actos de conclusiones públicas de Aritmética y Geometría; pues las Matemáticas, la Mecánica, y casi todas las demás ciencias físicas eran desconocidas en esos planteles, por prohibiciones que si no siempre eran promulgadas por leyes, sí eran efectivas en la práctica, siguiendo las inspiraciones del mal entendido patriotismo español, que severa y públicamente prohibía también el estudio del Derecho Público y de la Política.

Y en esto, es preciso confesar, que era lógico el Gobierno: con esas dos palabras podía socabarse un trono perpetuado en una familia, y erigirse otro á la Libertad.....

Como consecuencia de esas restricciones, muy pocas eran las personas ilustradas por aquellos tiempos, y esas personas tenían que hacer los estudios con el mayor sigilo, á fin de no ser descubiertas y castigadas con penas arbitrarias y rigurosas, por el *crimen* de instruirse. De aquí acontecía que esos estudios tenían que ser deficientes; y sin embargo, ellos bastaron para sembrar la semilla de la Revolución, que fructificando luego, abrasó, como en inmenso incendio, un pasado tenebroso y fatídico y abrió las puertas del porvenir á la aurora de la Libertad, de la Justicia y del Progreso.

Siguiendo el sistema de represión establecido por el Gobierno español en sus Colonias de América, fué también precepto casi invariable de su política, la exclusión de los criollos de todo alto empleo, los cuales estaban destinados á los españoles europeos, únicamente; y como para separar á aquellos de toda comunicación con el resto del mundo, estableció también el monopolio exclusivo del comercio, que solamente debía hacerse con la Madre Patria. También fué vedado á los criollos, promulgándose por bando, de orden de la Real Audiencia del Cuzco, en 1706, el traficar, tener tienda, y vender géneros por las calles, por ser ocupaciones de los peninsulares, con quienes no era decente que se ladeasen aquellos, que debían ocuparse sólo en oficios mecánicos.

A estas despóticas med das, se agregó el sistema más restrictivo que acaso recuerda la Historia, pues prohibía el establecimiento de manufacturas y hasta la explotación de las minas de hierro en que abundába el país, así como el cultivo de la vid, del olivo y de otras plantas industriales, por temor de que estas concesiones perjudicaran á la Metrópoli. De idéntica manera procedió Felipe III, ordenando la expulsión del territorio español de más de novecientos mil moros, que por tantos siglos habían labrado la prosperidad del Reino, y que, esparcidos por toda la Europa, llevaron á otras naciones el contingente de sus luces y brazos, que la España despreciaba en su egoísmo y cortedad de miras, labrando así su ruina y contribuyendo á la preponderancia de otros pueblos que habían contemplado con envidia su engrandecimiento.

Los hombres de Estado de la Península en aquella época, no comprendieron que de la prosperidad de sus Colonias dependía en gran parte la de aquella; y que la opresión y la tiranía engendran odios que permanecen latentes, mientras que la Providencia les presenta ocasión propicia para estallar, desbordándose á veces en proporción á la fuerza empleada para contenerlos.

Una de las piedras angulares en que descansaba el edificio del trono español, era entonces la Inquisición, y era natural que el tenebroso Tribunal viniera á ejercer también su tiránico imperio en esta zona de eterna primavera, como así sucedió, estableciéndose en América en 1571, esto es, casi desde el principio de la colonización; é innumerables fueron sus víctimas, debido á veces á la codicia y á intereses personales, y en otras, á la superstición é ignorancia.

Fernando el Católico fundó el infierno sobre la tierra con su diabólica institución, aborto de una cabeza enferma, en delirio espantoso y aterrador. Felipe II, Torquemada y otros muchos, fueron á este respecto muy dignos sucesores de aquel monarca. Uno de los efectos más perniciosos de la superstición de esos tiempos y del despotismo del gobierno, era la prohibición de libros útiles, que inspiraban desconfianza por sus sanas doctrinas, las cuales podrían ilustrar á los pueblos; tal así estaba pervertido el sentimiento moral. Puede citarse como un ejemplo, entre otros muchos, la prohibición, bajo pena de muerte, de leer la Historia de América, por Robertson!!!

Consecuencias obligadas de esas severas disposiciones, eran los denuncios, visitas domiciliarias, y tremendas excomuniones contra los poseedores de los libros prohibidos; y multitud de éstos eran quemados por estar escritos en francés, inglés ó italiano, por comisarios especiales que no entendían esos idiomas, y quienes los condenaban sin misericordia, como heréticos é impíos.

De esta manera cumplía España con sus deberes morales para con sus Colonias, víctimas del más intolerante fanatismo, al que daba pábulo el clero para asegurar más el poder español en América, unido como se hallaba á él por estrechos lazos, por cuanto los reyes ejercían sobre todas las iglesias de sus Colonias, el derecho llamado de Patronato, establecido por Fernando el Católico para sus sucesores, y el cual consistía en la facultad de nombrar todos los Arzobispos y Obispos, y de elegir las dignidades, prebendas, canongías, etc. De aquí la sumisión absoluta del poder espiritual al temporal, y el interés de aquél en procurar que se perpetuara el régimen establecido, poniendo en juego su influjo sobre las conciencias timoratas de séres embrutecidos por una abyección hereditaria, de generación en generación, por cerca de tres siglos.

Así fué cómo la verdadera Religión degeneró en fanatismo; y el Clero se adueñó de cuantiosos caudales, que bajo los títulos de capellanias, fundaciones, donativos, etc., eran erogados por gran parte de ciudadanos, bien en la plenitud de su vida, ó ya moribundos, instados á ello por sus confesores, como ofrenda expiatoria, intimidados como lo eran con los tormentos del Infierno. De esta manera, valiosas propiedades y riquezas fabulosas pasaron á manos de instituciones eclesiásticas, en cuyo poder han permanecido muchas de ellas casi hasta nuestros días. Y el tesoro real se enriquecía también con la venta de las bulas llamadas de Cruzadas, de Difuntos, etc., concedidas por los Papas como un favor especial á los Reyes de España; y que eran otras tan-

tas cargas que pesaban sobre los sencillos y candorosos pueblos. ¡Desdichados colonos, víctimas de tantas ambiciones, sumidos en la más absoluta ignorancia, y sin tener siquiera conciencia de su abyección y envilecimiento!

La administración de justicia corría parejas con las demás instituciones. Sea por defecto del carácter español, proveniente de su orgullo nacional, ó por cálculo, los derechos de los criollos eran casi siempre pospuestos á los de los españoles, ó desconocidos en lo absoluto. Lentos eran por lo común los procedimientos, y en caso de apelaciones á las Reales Audiencias de Santafé y Carácas, ó al Supremo Consejo de Indias en Madrid, según la cuantía del negocio ventilado, la ruina era segura por lo crecido de los gastos, para ambos litigantes. De manera, que casi era preferible en multitud de casos la pérdida de un derecho, á reclamarlo á costa de tantos sacrificios, y con tan remotas esperanzas de obtener un resultado.

Tal era el estado de las Colonias españolas en América, aunque los hechos históricos apuntados tan someramente, están lejos de pintar en toda su espantosa realidad la situación angustiosa y desesperada de sus habitantes.

Pero ya los ánimos comenzaban á exacerbarse, y los síntomas de rebelión á la tiranía se hacían sentir como el rumor todavía lejano de la tempestad que vá á desencadenarse. Los pueblos principiaban á manifestar su descontento por alzamientos parciales como los de La Paz y Quito en 1809, que eran sufocados por el Gobierno castigando rigurosamente á los cabecillas y dando así pábulo con sus crueldades á la hoguera que habia de consumirlo; á la cual vinieron á arrojar mayor cantidad de combustible, la proclamación de la independencia de las Colonias inglesas de la América del Norte, y la Revolución francesa á fines del siglo pasado, con su famosa declaración de los "Derechos del Hombre"; y las palabras mágicas, *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, atravesando los mares, fueron repercutidas por los ecos de la cadena andina, y extendiéndose por las colinas y los valles de sus vertientes, electrizaron á los pueblos y los prepararon al combate y al

sacrificio. Esa revolución echó por tierra ideas y doctrinas retrógradas, y abrió inmensos horizontes al porvenir de la Humanidad.

La España comenzó á conocer su error en el trato dado á sus Colonias, cuando ya era tarde para atajar el torrente de la opinión que amenazaba romper las vallas opuestas á sus justas aspiraciones.

Quiso otorgarles algunas franquicias, más con las miras de recabar de ellas, auxílios pecuniarios, que de proceder justiciera y liberalmente; pero sea por debilidad, por orgullo ó por temor, no fueron tan completas como lo exigía la situación, y transparentándose sus propósitos, lejos de calmar los ánimos, sólo sirvieron para poner de manifiesto el espanto que comenzaba á apoderarse del Gobierno, cuyas vacilaciones y paliativos produjeron un resultado contraproducentem.

Para los hombres pensadores, ya desde entonces era un hecho la próxima lucha de la independencia, y su buen éxito final. Presentían que había de suceder, aunque no se les ocultaban las dificultades casi insuperables que encontrarían para realizarla. No había manera de dar cohesión á las ideas, ni unidad y correspondencia á los hechos, en un país tan extenso y despoblado, sin vías regulares de comunicación, y cuando existían como elementos contrarios, las diferencias de castas y su oposición mútua; la ignorancia de los pueblos, que no eran otra cosa sino turbas inconscientes y enervadas po tan prolongada esclavitud; y la arraigada costumbre de acatar y obedecer á los Reyes y á sus agentes, como á séres superiores, casi como á la Divinidad; la influencia del clero para mantenerlos en estas creencias; la falta de hombres criollos aparentes para la guerra y para el gobierno; y la tenaz resistencia de los españoles establecidos en América, en donde gozaban de inmensas riquezas, que naturalmente temían perder con los trastornos consiguientes á los proyectos de independencia de los colonos.

A todo esto, era imposible conocer el estado exacto de la opinión en los pueblos. La prensa no existía propiamente hablando, pues sólo en 1791 comenzó á publicarse el primer periódico en Nueva Granada, titulado: *Periódico de Santafé de Bogotá:* y en otras partes, como en Carácas, *La Gaceta* en 1808, y en Santiago de Chile, *La Aurora de Chile* en 1812; y como es de suponerse, el gobierno dirigía esas publicaciones, pues en aquellos tiempos, pensar siquiera en la libertad de imprenta, habría sino un sueño, una quimera, y como tal, irrealizable, cuando no una heregía que habría sido castigada severamente.

Otros periódicos particulares se publicaron posteriormente en Santafé, como *El Correo Curioso* y *El Semana-*

rio de Nueva Granada y en Caracas, *El Semanario de Caracas* en 1810; pero esos periódicos, difícilmente podían ocuparse en lo que tuviera relación en su acepción verdadera, con el estado moral, social y político de los pueblos, como era natural que así sucediese bajo el yugo de hierro á que estaba sometido el país. Y así aconteció, poco más ó menos en las demás Colonias.

Pero en este ligero resumen de las causas que prepararon uno de los sucesos más grandes y significativos del presente siglo, hay forzosamente que pasar por alto muchos incidentes, pequeños en sí en la apariencia, pero que fueron como las gotas de agua, que aglomerándose en los cauces de la tierra, forman torrentes desvastadores, Tal así sucedió en las Colonias españolas de América, y no hubo diques, poderosos como fueron los que opuso el despotismo, que pudieran resistir el empuje de la más santa y legítima de las aspiraciones, teniendo á su servicio la fe en los destinos de la humanidad, y la esperanza de realizarlos, porque á su lado estaba la justicia.

Pero todavía los patriotas de Nueva Granada casi en vísperas de lanzar el grito de Julio, secundando el que tres meses antes se había dado en Venezuela, estaban dispuestos á aceptar, y aún proponían medidas conciliatorias, y querían Juntas de Gobierno para regir el país, á manera de las de España, después de la invasión del Reino por los soldados de Napoleón. Véase el final de la Representación que redactó el Doctor Camilo Torres, por encargo del Ayuntamiento de Santafé: "Igualdad, santo derecho de la igualdad; Justicia, que estribas en esto, y en dar á cada uno lo que es suyo; inspira á la España europea estos sentimientos de la España americana. Estrecha los vínculos de esta unión; que ella sea eternamente duradera, y que nuestros hijos, dándose recíprocamente las manos de uno á otro Continente, bendigan la época feliz que les trajo tánto bien. Oh! ¡quiera el cielo que otros principios y otras ideas menos liberales, no produzcan los funestos efectos de una separación eterna."

Pero España estaba fatalmente condenada á la pérdida de sus colonias, y desoyó tan clamorosas quejas; que á haberlas escuchado, si no hubiera impedido, habría retardado por muchos años esa *separación eterna*, inevitable en el trascurso de los tiempos, porque estaba escrita en el libro de los destinos de la Humanidad.

Hasta careció España en aquella época, de la proverbial caballerosidad de su carácter, y ya empeñada la lucha, no sólo fué vencida en los combates, sino también en nobleza é hidalguía. Así, mientras que los patriotas destituían del mando en Caracas el 19 de Abril de 1810 al Gobernador Emparán, (el mismo que al posesionarse un año antes, había declarado que "allí no habría más ley que su voluntad") y éste y su séquito eran tratados generosamente y conducidos con toda clase de miramientos á la América del Norte, á costa del nuevo Gobierno; el cruel Monteverde remitía, bajo partida de registro, sin haberlos procesado siquiera, y con cadenas al cuello, á varios patriotas capturados después de la desgraciada campaña de 1812, acompañándolos del siguiente oficio á la Regencia de España.

"Presento á V. A. esos ocho mónstruos, origen y primera raíz de todos los males y novedades de la América, que han horrorizado al mundo entero. Que se avergüencen y confundan delante de la Majestad, y que sufran la pena de su delito."

Política semejante no dejaba á los americanos más elección que la esclavitud ó la muerte; y ante tantos horrores, la esperanza habría huido de corazones menos bien templados que los de los egrégios varones que juraron la libertad de su Patria, aún á costa del sacrificio de sus vidas.

Los Gobiernos debieran penetrarse, de que toda fuerza que se comprime estalla más tarde ó más temprano, sobre todo, si esa fuerza, como la opinión pública, tiene el poder de crecer y expandirse. La España debió comprenderlo así, y adoptar providencias conciliatorias con las exigencias de los pueblos, á la medida de sus avances en el sendero de la civilización, y que tendieran á dar ensanche á la instrucción y á la industria

Protección al talento; equidad en el reparto de los privilegios; proporcionada distribución de las tierras; Abolición de los monopolios; protección igual para todos en sus personas é intereses; representación de las Colonias en las Cortes por Diputados americanos, en la misma proporción que las provincias españolas; moderación en el orgullo nacional hácia los criollos, y participación de éstos en los empleos públicos; menos tributos é imposiciones; supresión del Tribunal fatídico, llamado *Santo* por sus adeptos.

Represión dentro de límites racionales, del influjo del

ciero sobre las masas ignorantes, á fin de contener los avances de la superstición y sus consecuencias, y reemplazarla por la religión verdadera en el espíritu de los colonos, ya que, en atención á las ideas de la época, tal vez no hubiera sido posible tolerar ó autorizar abiertamente la libertad de creencias; y por último, dar luz á los pueblos en todo sentido; paso franco al progreso en todas sus manifestaciones.

Hé aquí lo que hubiera retardado por muchísimos años la emancipación de las Colonias, de la Madre Patria; y la falta de esas concesiones, la causa primordial que la produjera. Quizás habiéndolas otorgado, la separación no habría sido eterna ni completa, sino una asociación con beneficios mutuos, alianza ofensiva y defensiva entre pueblos soberanos de una misma raza, sin haber tenido que recurrir á la violencia, empapando en sangre el Continente, y sembrando odios que parecía habrían de ser eternos, pero que, afortunadamente, ya desaparecen al contacto de la civilización que convida á los pueblos á la paz y á la concordia.

Mas, no fué así: á España le faltó una política elevada y justa, inspirándose únicamente en su despecho y rencores: los pueblos vieron desoídas sus quejas, despreciadas sus justas aspiraciones, aprisionados, expatriados y conducidos al cadalso á sus hombres más eminentes; y en la desesperación provocada por tantas injusticias, resolvieron apelar al juicio de Dios en medio de los combates, y confiando en su derecho, esperaban, y no esperaron en vano, que la victoria coronaría sus esfuerzos.

Las medidas restrictivas y violentas del Gobierno español fueron llevadas al más alto grado de rigor, hasta la crueldad, por sus agentes en América. La sangre corrió en los patíbulos, en donde las principales cabezas eran segadas por la hoz de la tiranía. Innumerable sería la lista de esos mártires, apóstoles de la más justa de las causas; la dignidad humana. Tormentos desconocidos hasta entonces, y cuyo recuerdo hace estremecer de horror, fueron puestos en práctica por los representantes de un Gobierno que se apellidaba á sí propio patriarcal y benigno, no siempre para castigar el delito de amar la libertad, sino tomándolo á menudo por pretexto para satisfacer la ambición de riquezas, cuando no para saciar apetitos desordenados é inmorales, llevando el deshonor á las familias á la sombra de la autoridad, de la

cual se servían para eliminar los obstáculos, esto es, los padres, esposos, hermanos, que naturalmente habrían de oponerse hasta sacrificar sus vidas, para impedir sus criminales intentos.

Pero de esa sangre y de esos mártires brotaron los héroes que afrontaron el poder de España, y la humillaron en su insensato orgullo, arrebatando de sus garras la presa en que, por siglos, había cebado su codicia, y enardecido, sin apagar jamás su sed de sangre.

¿A qué nombrarlos cuando sus nombres se hallan escritos con letras indelebles en el alma de todo americano? Su número es legión, y sus hechos heróicos pasarán á la posteridad en la Historia, que los registra cuidadosamente, como hazañas legendarias, dignas de los tiempos mitológicos.

Pero, ¿cómo pasar en silencio el nombre que hoy asoma á todos los labios, que está presente en la conciencia de todos?

BOLÍVAR! El fué la encarnación de la Libertad!—la personificación de la Patria, el símbolo del Progreso, rayo de luz del porvenir rasgando las tinieblas de un pasado y un presente oprobiosos. El fué Héroe, Libertador Legislador y Mártir: tuvo, pues, las más valiosas coronas que puede ofrecer el mundo; y según la feliz expresión de Baralt, "fué más grande cuando más desgraciado." Y hoy al celebrar el Centenario de su natalicio, los pueblos á que dió vida y asiento en el festín de las naciones libres, bendicen su memoria, y tejen guirnaldas de siemprevivas para ornar su sepulcro, que guarda el ángel de la inmortalidad.

Que sus manes venerandos se dignen aceptar esta humilde ofrenda, que deposito reverente en el altar levantado por la gratitud á la majestad de su gloria.

Julio 24 de 1883.

LA VISITA DE ANTESALA.

Por más fastidiosa que sea la sociedad con sus mentiras y falaces manifestaciones, hay que someterse á algunos de sus caprichos, que también llamaré deberes.

Visitar y ser visitado es uno de ellos. Por lo común, una visita, cuando no es de amistad, ó de negocios, es simplemente una cortesía, que obliga á análoga correspondencia, y nada más. Estas visitas quedan en la historia de la vida, como las páginas en blanco de un libro; son como el final de aquel chascarrillo tan conocido: "ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa."

Las visitas de negocios, sobre todo, ahora que vivimos al vapor, son breves; la caja se resentirá por la pérdida ó por la ganancia, pues en ambos casos se resiente, y santas pascuas.

La visita del amigo, es cosa aparte: las horas pasan insensiblemente al lado de un sér simpático y espiritual: se desea retenerlo lo más posible, y lo vemos separarse de nosotros con sentimiento.

Pero vamos á ocuparnos de ciertas visitas difíciles de clasificar y que llamaremos *visitas ociosas*. No tienen por objeto la cortesía, sino *el dejarse ver*, exhibirse como en una muestra de peluquería, con todos los atavíos de la moda; y por lo dicho, nos referimos al sexo á que pertenecen las huríes ofrecidas por Mahoma á sus adeptos, de las cuales, aquí para internós, tenemos ramilletes encantadores, pimpollos en toda su lozanía con sus brillantes colores y arrobador perfume. Pero, pluma, ténte: el espíritu debe recrearse con el recuerdo idealizado por el dolor que causa el bien deseado. Es algo como la nostalgía del peregrino en tierra extraña: como el Edén perdido, que no podrá rescatar una eternidad de lágrimas....

Pero, volvamos á las visitas, que hemos calificado de ociosas.

Saludos y besos (entre ellas) forman el prólogo. El argumento: las modas, los niños, si los hay, ó si hay esperanzas

de que los haya; el tiempo, los enamorados ó novios, y por este camino.....la mar.

Resultado: dos ó tres horas de menos en la vida, ni siquiera aprovechadas como en sueños; pero falta lo mejor, y es, el

EPÍLOGO.

Nuevos besos y abrazos, muchos de los primeros, descendientes del de Judas; pero al fin, ya en pié, es obligación acompañar al descanso de la escalera, á las visitantes. Hétenos aquí ya, la mano en la barandilla, con fatigas tal vez, de las horas de penitencia llevadas en amor de Dios y del prójimo, y desesperados por decir adiós á nuestras visitas; pero ay! qué vemos? qué escuchamos? No bien puestos los pies de las visitantes en el primer peldaño, dan una media vuelta de cualquier lado, y zás! en la meseta otra vez. Aquí comienza la repetición de todo lo que se ha dicho durante la visita: una letanía interminable del moño de Petra, del *polizón* de Sinforosa, de la *galluza* ó *capul*, ó como diablos se llame, de Joaquina, del novio ó de los novios de Proserpina, *et sic de cæteris*.

Y entretanto, un maldito callo se ha incomodado, y está haciendo ver estrellas á su dueño, ó á su víctima, que es lo mismo; y se suda á mares, y hay sed, y hambre, y fatiga, y....la muerte.

Pero las *visitas* no observan nada de esto: son napoleoncitos con faldas y postizos, impertérritos ante el fuego con que quisiera uno abrasarlas, (con S y no con Z, se entiende). Allí se despachan á su gusto, y preciso es que haya revolución, que griten *¡fuego!*, ó que tiemble la tierra, para que decididamente nos dejen libres de su amable compañía.

La visita de antesala es pues, una plaga más, un suplicio que se le escapó al Dante.

Ocúrrese preguntar.

Si estando cómodamente arrellanados todos en sus asientos, tienen aún que charlar, ¿por qué se paran, y hacen ademán de irse?

Si después de parados y aún de estar en la meseta, se les ocurre algo, ¿por qué no regresan á sentarse? Esto sería lo lógico y puesto en razón. Lo contrario, esto es, lo que acabamos de referir, y que es histórico, ó mejor dicho, fehaciente, es un absurdo; y quisiéramos ver á nuestra sociedad, purgada en lo posible de absurdos y locuras.

LOS DERECHOS

Y

LOS DEBERES DE LOS PUEBLOS.

La definición del derecho, *políticamente* hablando, puede ser ésta: el ejercicio de las facultades que otorgan las leyes; y la del deber:—las obligaciones que emanan del derecho.

En los pueblos salvajes no hay derechos ni deberes: la fuerza es la suprema ley, como que fué la ley primitiva de las sociedades.

La idea de la justicia engendró el derecho, y éste á su vez, el deber; porque el sentimiento de lo bueno, innato en el corazón del hombre, comenzó á despertarse al contacto de sus semejantes, con la creación de sus necesidades materiales primero, que se le imponían con fuerza irresistible; y después, con las que, con la apariencia de supérfluas, llegan á ser indispensables, según su grado de civilización. La fuerza fué cediendo poco á poco el campo á la justicia y á la razón, y el convencimiento de que el respeto al derecho ageno es la salvaguardia del propio, se arraigó profundamente en las sociedades, que se apresuraron á dar leyes para normalizarlo. Os doy garantías, dicen esas leyes á los pueblos, pero en cambio, os impongo deberes, que habrán de ser el baluarte en donde se estrelle el abuso que de aquellas quiera hacerse. Sóis libres, se les dice; ese es uno de vuestros derechos; pero esa libertad no debe perjudicar á nadie; ese es uno de vuestros deberes.

De este modo, el derecho y el deber son inseparables, y de su unión y observancia es que resulta la armonía en los Gobiernos. El deber es el contrapeso del derecho; y pretender que se nos otorgue éste sin imponérsenos aquél, sería pretender desquiciar la sociedad, trasformándola en campo de batalla, en donde todos lo quisieran, todo sin otorgar nada, y el retroceso á los tiempos de barbarie sería inevitable. Por

fortuna, semejante suposición es inadmisible, apesar de los esfuerzos de la *Comuna* y del *Nihilismo*. Tal como la sociedad esta constituida, no podría tolerar el trastorno de las leyes que garantizan la propiedad como fruto del trabajo, ni pretendería tampoco excusarse del cumplimiento de los saludables deberes que le imponen.

Buscar el bien fuera del carril señalado por la civilización y las necesidades de los pueblos, sería un absurdo, un crimen. Ofrecer á los incautos un paraíso, sin decirles que no se llega á él sino por la expiación y el sacrificio, sería una farsa imperdonable; pues nada es tan doloroso al corazón humano como una esperanza en cuya realización se había consentido, y que se desvanece de improviso.

A los pueblos, niños grandes según se ha dicho, debe hablárseles la verdad; y si la senda que tienen que recorrer está sembrada de espinas en vez de flores, que lo sepan así, á fin de que se esfuercen en apartar de ellas sus plantas. Los que los engañan, reciben de ellos las maldiciones que merecen por su tortuoso proceder, y esas maldiciones estallan á veces y se convierten en tragedias horrorosas. Episodios de este género hemos presenciado en alguna de nuestras repúblicas.....

Hay casos en que el deber y el derecho se aunan, como por ejemplo, en el llamado *derecho de sufragio:* el ejercicio de éste derecho es también un deber.

Derecho, porque los pueblos tienen la facultad de elegir á aquel que ha de aplicar las leyes y hacerlas respetar. Soberanos como son, escogen de entre los asociados, á aquel que creen más digno de servir sus intereses con patriotismo, honradez y lealtad.

Deber, porque la abstención del ejercicio de ese derecho, sería criminal; porque no haciendo uso de él, se dejaría el campo libre á los ambiciosos turbulentos para trastornarlo todo, y la anarquía implantaría su dominio en la sociedad. Así pues, se cometería una falta grave no acatando ese deber, ó sea, esa obligación, que se reduce á la conservación del orden con la elección para los puestos públicos de los ciudadanos más honorables.

Por desgracia, el sufragio llamado universal, es una quimera, no sólo entre nosotros, sino aún en pueblos tan aventajados como los Estados Unidos, Inglaterra, Francia etc. Siempre son las elecciones populares el fruto de las intrigas de los caudillos, que se valen de las masas ignorantes, embruteciéndolas más, para lograr sus fines. Hombres de gran talento y de sentimientos filantrópicos, y por lo mismo justos, se han desvelado buscando solución á tan difícil problema; y no se ha presentado otra á su imaginación, sino la educación de las ma-

sas para convertirlas en *pueblo*. Llamar *pueblo* á hombres que no tienen conciencia de lo que son ni del fin á que está destinado el hombre en el mundo: que ignoran lo que es el deber, y no tienen idea de lo que es el derecho; puede ser muy cómodo para los que necesitan atestar de boletas las urnas electorales; pero carecen de moralidad. Por esta razón es, que en algunos pueblos civilizados no se puede ser elector sin saber leer y escribir; y no se diga que éstas son ideas retrógradas, porque lo que significan es, lo racional y lo justo. Lo cierto es, que si en todas las cosas de la vida se atiende más á la calidad que á la cantidad, salvedad hecha de excepciones groseras, ¿por qué ha de pretenderse que las masas ignorantes, en atención á su número, se sobrepongan al verdadero pueblo, esto es, á la parte que siente y que piensa? Eduquemos las masas para que sepan lo que de ellas se quiere, y que juzguen con su propio criterio, sobre la conveniencia ó inconveniencia de sus actos. Así, no representarán como se vé todos los días, la fábula de los carneros de Panurgo.

LLUVIA DE LÀGRIMAS.

Á RAMÓN

Este fué el título que, en la exquisita ternura de tu alma, encontrastes adecuado á la expansión de tu dolor, cuando la Providencia quiso probarnos con la muerte de nuestro querido hermano Aurelio.

Hoy lo adopto yo para expresarte la inmensa pena que me agobia, y que, más que á mis ojos, hace verter una verdadera lluvia de lágrimas á mi corazón.

Héme aquí solo, hermano mío, verdaderamente solo en cuanto á las ideas y sentimientos que nos ligaban, completándonos. Tú me has dejado peregrinando en la tierra, mientras tu espíritu se remonta á las serenas regiones del misterio eterno.

No hace mucho, apenas tres días, que platicábamos sobre nuestros modestos deseos y esperanzas, animándome tú con la fe que jamás te abandonó, cuando las decepciones de la vida infiltraban el desaliento en mi alma; instándote yo á mi turno á la conclusión del trabajo literario que has dejado inconcluso, y de otros que meditabas.

Así pasábamos las horas, inspirándonos mútuamente, consolándonos, alentándonos para la lucha de la vida.

Pero he dicho mal: ¿para que necesitabas tú de inspiraciones que tenías á raudales? ¿para qué de aliento cuando era exhuberante el tuyo? ¿Para qué de consuelos, cuando tu alma era toda amor, justicia, caridad? Con la serenidad de tu espíritu se fortalecía mi alma, é instintivamente buscaba en tí apoyo, consuelos y esperanza.

Y tú, que podías prodigar estos tesoros, no parecías necesitarlos: la virtud era innata en tu alma, y con ella los poseías todos á la vez.

Sér privilegiado, el infortunio no pudo doblegarte: ni si-

quiera te tomabas el trabajo de luchar con él, pareciendo más bien despreciarlo, y vencistes; y triunfastes de sus rigores con la resignación del justo.

Desprendido de todo interés, hasta la temeridad, sólo al morir puedo culparte de egoísmo; por lo menos, te culpo de haberte adelantado al deseo egoísta también que ocultaba mi alma.

Yo no quería llorarte: anhelaba con toda sinceridad, ser llorado por tí y por todos los míos

¿Adivinastes mi pensamiento, y quisistes sustraerte á tan atroz martirio? ...

Pero ya estoy solo, y esta soledad me espanta:—me siento anonadado, y apenas si comienza á comprender mi atribulado espíritu lo inmenso de mi infortunio.

No hace mucho, que con tu cariñosa sonrisa, acusabas de escépticos unos pobres versos míos; y á tus instancias, ese grito de mi alma, en presentimento quizás de una catástrofe, sufrió una alteración en su forma. A tí te estaba destinado ese desahogo de mi corazón, que guardaré con todo lo que te recuerda mientras viva, por tener algo que palparon tus manos, que recorrieron tus ojos, que humedeció tal vez, alguna gota del sudor de tu frente.

¡Quién hubiera podido decirme, contemplándote tan lleno de vida, al verte por última vez en mi humilde morada, que ya no volverías más, trayéndome como solías, un libro, un periódico, una noticia interesante!

Oh! con el presentimiento de tu muerte, creo que habría podido sustraerte á ella con la fuerza de mi cariño!

Pero el rayo no fué nunca más rápido ni certero: tu gigante cabeza tuvo que inclinarse á su contacto, conservando tan sólo por algunos instantes, síntomas de vida, notables por las señales externas del sufrimiento.

Y te ví cerrar los ojos en noche silenciosa y eterna!—y tu mano helada no correspondió ya á la presión cariñosa de la mía!

Quise orar, pero mi pensamiento parecía paralizado. Sentía en mi corazón como un desgarramiento de todas sus fibras, ya próximas á estallar. La oración se perdía entre las tumultuosas olas de dolor que inundaban mi alma.

....

Héme aquí solo durante lo que me falta de tan penoso viaje.

Contigo, hermano mío, el camino que hay que recorrer hasta llegar al termino, era menos áspero: si punzaban las espinas, podíamos aplicar el bálsamo á la herida. ¿Por qué pues me has dejado? ¿Por qué me abandonas?

Ah! corran mis lágrimas mientras me dure la vida: ellas

no podran rescatarte del seno de la muerte: no podrán dar luz á tu mirada, ni animar tu yerto corazón.

Y he querido escribirte lo que no podré releer, regando con mi llanto este papel, tan frágil, menos frágil aún que la existencia, porque necesito expansión para el dolor que atenacea mi alma.—Paréceme que estás á mi lado y que lées lo que escribo; y si es una ilusión, esa ilusión es un ligerísimo lenitivo, un alivio fugaz y pasajero; pero alivio al fin, para quien como yo, en tan terrible trance, busca sin encontrar consuelos y esperanzas.

Yo no sabía cuánto te amaba, hermano mío; y en prueba de ello, acepta lo único que puedo darte;-mis lágrimas, nunca más sinceras ni derramadas con más justa causa.

Nadie pudo conocerte como yo; ninguno podía saber lo que valía tu corazón, arca preciosa rebosando siempre de ternura inefable.

Nacistes para el bien, y si no dejas sembrados en la tierra, beneficios materiales, como lo pedían tus deseos en alivio de la humanidad, no fué tuya la culpa. La Providencia sin duda no lo quiso: le bastó haber adornado su obra con las dotes intelectuales y morales que fueron tu riqueza más envidiable, cuanto menos son por aquélla prodigadas.

Y ahora, hermano mío, yo no te digo, "adios", sino, "hasta la vista". Cierto estoy de que tu espíritu ha leído ya esta carta en mi alma, con todo lo que no puede traducirse en palabras; y de que me compadeces.

Á mi turno iré á buscarte en el seno de Dios. Nuestras almas gemelas se confundirán en una sola en la eternidad....

Julio 1.º de 1886.

VERSOS

CONSUELO.

Á MI HERMANO RAMÓN

En el desierto de la vida vénse,
Dos palmas solitarias;
Que ni el espino en arenales brota,
Donde no brotan aguas.
Sus verdes pencas, búscanse unas á otras,
Como que son hermanas;
Y al traves del espacio se acarician,
Inclinando sus ramas.
Así, tú y yo, inmenso mar por medio,
Cambiamos nuestras ánsias;
Y del destino cruel, triste consuelo,
Nos damos nuestras lágrimas.
Que sean las ondas mensajeras fieles
De su doliente carga;
Aunque conduzcan su tesoro, siempre
De lágrimas amargas.

1878

EN UN ALBUM.

Buscaba entrelas flores,
Que de símbolo sirven al recuerdo.
Alguna que ofrecerte, hermosa niña,
Y que expresara fiel mi pensamiento.
No te obsequio la rosa,
Que tiene espinas en su tallo esbelto,
Porque de celos puede herir tu rostro
Y salpicar con sangre tu albe seno.
El clavel te ofreciera,
Cuyo perfume embriaga, pero temo,
Que avergonzado cierre su corola
Al sentir el aroma de tu aliento
La sensitiva humilde
Es la flor que te brindo de mi huerto,
De pudor y modestia es fiel emblema,
Y te expresa, veráz, mi pensamiento.
Recibe, pues, y guarda
La flor sencilla que lastima el céfiro,
Que sus pétalos dobla pudorosa
Al roce de las alas del jilguero.

.....

La flor de la belleza
Se agosta de la vida en el invierno;
Tan sólo la virtud es permanente
En el vaivén contínuo de los tiempos.

1879.

LA CASA EN DONDE NACÍ,

Á RAMÓN.

Todo pasa, el tiempo vuela,
Tras la verdad, el engaño,
Solo dura el desengaño
En este mundo infeliz,
Mentira es cuanto miramos,
Solo es seguro el dolor;
Al aspirar una flor
Siempre en espinas me herí.
El arbol que hay en el prado
Flores y frutas ostenta,
Mañana es una osamenta,
Carcomido hasta la raíz;
Y el santo hogar de mis padres
Que se conservaba erguido,
Ya en ruinas se ha convertido:
Fué la casa en que nací.
Ese techo que en la infancia
Nos cobijaba, querido,
Polluelos de un mismo nido
A mis hermanos y á mí.
Hoy es un escombro humeante,
Paredes ennegrecidas,
Informe masa, aún querida,
Es la casa en que nací.

No más bajo el mismo techo
Abrigaré mi cabeza,
E inspira inmensa tristeza
El pensamiento ¡ ay ! de mí !
Que nunca con mis hermanos
Volveré al hogar querido,
Que aunque fuese reconstruído
No es la casa en que nací.
¿ Qué importa que la fortuna,
De un escombro haga un altar ?
Con cenizas de un hogar,
¿ Quién lo podrá reconstruir ?
Ya no será el mismo nido
Que mis padres construyeron,
Y que mis piés recorrieron
En su carrera infantil ;
Que en cada rincón perdido
Un recuerdo se encontraba,
Recuerdos que yo guardaba
De esa mi infancia feliz ;
Y al mirar hácia el pasado,
Inclinando mi cabeza,
Lloro lleno de tristeza
Por la casa en que nací.

1878

Á MI QUERIDA HERMANA

MANUELA PÉREZ DE DUTARY, EN LA MUERTE DE SU HIJO AURELIO.

Iba á tocar el suelo con su planta
Cuando vé sus espinas, y á los cielos
Cual cándida paloma se levanta.
M. J. CORTÉS

Cuando el Señor en su bondad inmensa
Te dió prestado el ángel por quien lloras,
Quedó vacante en el celeste coro
El sitio que dejó sólo por horas.
Y ya vencido el plazo, lo reclama,
Parte á tomar en celestial concierto;
Y sus alas al éter desplegando,
Deja el cuerpo dormido, mas no muerto.
Tu hijo no ha muerto, en su preciosa boca
Nótase la sonrisa de un adiós;
Que al remontarse el ángel hácia el cielo,
Sufrió por tí, sufrió por todos dos.
Y fuese á la región do todo es vida,
Do no se escucha un ay! do no hay dolor;
Región de luz do todo es armonía,
Donde no se respira sino amor.
Vélo, míralo allí; vuelve los ojos
Hácia el excelso trono de María;
Oye su voz entre el divino coro
Implorando su auxilio en tu agonía.
No llores más, que el alma desprendida
Del vaso terrenal, nunca perece;
Desde el cielo contempla nuestras cuitas
Y alcánzanos consuelos con sus preces.

Guarda en tu corazón su imagen bella,
Fresca como el rocío matinal,
El te ruega que vivas, y tu llanto
Lo ha ofrecido á la Reina Celestial.
Y si te halaga la ilusión, si crées
Escuchar en el céfiro su acento;
Si su pisada leve, tan querida,
Crées sentir al susurrar del viento;
Ay! te engaña tu anhelo, es un delirio
Que tu espíritu enfermo se forjó;
Para encontrara tu hijo idolatrado,
Debes buscarlo ante el dosel de Dios.

1878

CONFIDENCIAS.

Á MI QUERIDO SOBRINO, JUAN B. PÉREZ Y SOTO.

LIMA.

Yo me consumo aquí como la antorcha
Que sólo acusa luz por la humareda,
Yo me agito, sonámbulo de gloria,
En un mundo glacial de indiferencia.

MIGUEL SÁNCHEZ Y PESQUERA.

I.

Desde el pueblo infeliz en donde yazgo
Cual masa inerte sin acción ni vida,
Sitio una vez de altivo cacicazgo
Cuya historia en el tiempo va perdida;
Desde aquí, que entre ruinas y entre escombros,
Cual por grietas de un muro estoy mirando;
Y pienso, entre la duda y el asombro,
Si cuanto observo es cierto, ó estoy soñando;
Desde aquí te dirijo estos renglones,
De tristeza y dolor el alma henchida,
Cual árbol que troncharon aquilones,
Del que á raudal se escapan sávia y vida;
Y al escribir, cual otros, invocando
El numen protector del desvalido,
Si al trepar al Parnaso, resbalando,
Bajo rodando por donde he subido;

Es, que á la cumbre del erguido monte
Que hiere el rayo al desgarrar la nube,
El águila caudal tal vez remonte,
El rampante gusano nunca sube;
Y desde aquí, en resumen, yo te escribo
Desde el pié de esta altiva Cordillera,
Aunque no sé si en mi penar yo vivo,
Ó si muerto ya estoy, que más valiera.
.....

II.

Si el *cogito, ergo sum*, fuese un axioma,
Yo para mis adentros tengo duda;
Que el pensamiento acaso es la carcoma
De la existencia, más tenaz y aguda.
Oh!—no es vivir, pensar.—Vive el que goza,
El que olvida entre férvidas caricias,
En el seno turgente de una hermosa,
Las miserias del mundo, entre delicias.
Vive el que encuentra al fondo de la copa,
Olvido á su pesar, sueños de gloria,
El que muestra en los pliegues de su boca
El desdén que conserva en su memoria;
Y al mundo paga herida con herida,
Y á su desdén, devuélvele desdén,
Y en la ruda batalla de la vida
Al caer vencido, matará también.
Vive, quien ódios mira indiferente
Del necio ó del ingrato en su ambición;
Quien orna con laurel su altiva frente,
Y sólo teme, en su justicia, á Dios.
Pero el que mora como yo, perdido,
Al pié del Ande, sin ventura y solo;
Y lleva, triste, el corazón herido
Por el desdén, la ingratitud y el dolo;
Quien como yo, por un desierto avanza
Sin amigos, ni hermanos, sin amores,

Sin que me alumbre un faro de esperanza,
Arenales cruzando, abrasadores;
Quien guarda como yo, ¡martirio horrendo!
Un recuerdo infelíz en la memoria,
Cuando al través el mundo recorriendo
Me deleité soñando amor y gloria;
Y hoy, de la vida al peso ya abrumado,
Cansado de vagar sin rumbo cierto,
Del "ruido.... del silencio" fatigado,
Mírome ya cual si estuviera muerto.
No busco ya el placer, pues se ha apagado
El ansia de gozar que yo sació,
Cuando impaciente, ageno de cuidado,
En el deleite, loco, me embriagué.
Ni tampoco olvidar quiero el recuerdo
En néctar de oro, en copas de cristal;
Si la memoria, por mi mal yo pierdo,
Que suene para mí la hora fatal....!

....

....

Y vivo así..! Y es vida este tormento!
La existencia arrastrando entre dolores,
A mi frente quemando el pensamiento,
Mis plantas entre abrojos punzadores!
Olvidado del mundo cuando mi alma
Inextinguible sed de gloria siente....!
La paz de los sepulcros es la calma
Que la esperanza, condolida, miente.
Y esto es vivir! No vive quien no lucha,
Quien vé venir su postrimero día,
Y del Tiempo los pasos, triste, escucha
Cual se escucha el tañido de agonía....
Dios, que formaste el hombre de la nada,
Que tu poder ostentas por do quier,
Vuelve hácia mí, piadosa tu mirada,
Alivia ¡oh Dios! mi horrendo padecer.
Al eco de tu voz omnipotente,
Has que acalle mi ardiente aspiración,

Ó abate de una vez mi altiva frente
Apagando el latir del corazón.

. . . . . .

III.

¿Será verdad, ó acaso yo he soñado
Cuanto mi mano ruda y perezosa
En estas líneas para tí ha trazado?
¿No será la verdad porque es odiosa?
Mas, *quod scripsi, scripsi:*—fiel testigo
Aunque mudo, del dolor de mi alma,
Es el Ande altanero, único amigo
Que mi despojo acogerá en su falda.
Dóle abrigo á mi tumba, árbol sombrío,
Las estrellas le dén su claridad,
Los vientos mugidores y bravíos
Formen sobre ella el coro funeral.

Chepo—1879

DESPEDIDA.

AL POETA Y ESCRITOR ISTMEÑO, SEÑOR DON JOSÉ MARÍA ALEMÁN.

Me voy, adiós! Regreso á mis hogares
En donde tengo genios tutelares,
Almas que sufren, por mi mal, también:
Dejo este suelo do meció mi cuna,
Y en donde ni el placer ni la fortuna
Pudieran mitigar mi padecer.
Quizás no volveré. Bajo del Ande,
Para mi oscuro nombre, tumba grande,
Encontraré tal vez bajo otro sol;
Sol no empañado por las densas nubes,
Que arrojan de sus plantas los querubes,
Porque en su seno llevan la ambición.
Tú no has visto ese sol sobre la grama,
Cuando al través del bosque luz derrama,
Y dora con sus rayos el verdor!
Ah! si lo vieras!....si en espigas de oro,
Vieras el llano, espléndido tesoro,
Ostentando riquezas por do quier;
Si aspiraras las auras matinales,
Que inspiración esparcen á raudales,
Cual de la luz brillante rocío;
Oh! yo lo sé: de tu alma enternecida,
Quizás brotara, en sentimiento y vida,
De imágenes preciosas un caudal;

Del aura al beso estremecerse vieras
Las flores y las linfas, y nos dieras,
La materia animanda, la verdad.

. . . . . .
. . . . . .

Pero ya tarde. El corazón herido,
Destrozado, tal vez por no entendido,
Recuerdos lleva acaso en su dolor.
Si el interés, la ingratitud y el dolo,
Permitieron armar contra mí solo,
Cuánto *el poder y la riqueza* son;
De perdón y clemencia es mi plegaria,
Y que no aflija el alma solitaria,
De la Conciencia, inexorable juez,
Del que, insaciable en medio de un tesoro,
Revolcándose en cieno busca el oro,
Que para el alma noble está á los piés.

. . . . . .

Perdón, mi buen amigo, los pesares,
Para las almas grandes son cual mares;
A su flujo se cubre el arenal:
Quizás en el reflujo no habrá huellas
De los dardos que hieren cual centellas
Cuanto de noble tengo y de inmortal.
Que si alevosa mano puede herirme,
Mientras no me derribe estaré firme,
Apesar del *poder* y el *interés;*
Porque yo sé que debe sucumbirse,
La dignidad salvando, antes de hundirse,
En el abismo abierto á nuestros piés.
Adiós, adiós! Pesares y amarguras
Bajo el Ande tendrán sus sepulturas:
¿A quién puede importar mi padecer?
Tal vez á tí, mi antiguo y buen amigo,
Adivino tal vez, quizás testigo,
Porque puedes las almas comprender.
Y si un necio nos juzga y nos condena,
Que levante el telón de nuestra escena

Ah ! cuánto necio viera á su pesar!
Que busque en su alma fibras delicadas,
Que las haga vibrar, y al ser tocadas,
Ó estallan ó confiesan la verdad
Y la verdad es esta: el egoísmo
Nos ha llevado al borde de un abismo.....
Falta muy poco ya para caer.
¡ Humanidad, humanidad !—tu historia,
Escrita está con lágrimas y escoria,
Y con letal veneno y sangre y hiel!!....
.....
.....
Basta, y adiós —Cuando la brisa ardiente
Que sobre el Ande pasa indiferente,
Te traiga entre sus alas una voz;
Escúchala benigno, que esa brisa,
Quizás conduzca mi postrer sonrisa,
Y con ella también mi último *adiós*.

1878

EL ÁNGEL DE LA GUARDA.

Á MI QUERIDO CONDISCÍPULO Y AMIGO, DOCTOR
J. M. P. CAAMAÑO,
GUAYAQUIL.

Dormido sueño. Entre sombras
En el horizonte veo
Escenas de otras edades
Que despiertan mil recuerdos.
Oigo cánticos que traen
Grato, plácido beleño
A mi frente fatigada
A impulso del pensamiento.
Vuelven á mí de oro y rosa
Ilusiones de otros tiempos,
Siento que una mano de ángel
Riza ténue mis cabellos.
Alzo los ojos y miro
Ojos que me observan tiernos,
Lábios que de amor sonríen
Y que me brindan consuelo.
A veces lágrimas vierten
Esos ojos siempre bellos,
Que hasta los ojos de un ángel
Dejan de mirar serenos.
" Por qué lloras, le pregunto,
Angel que velas mi sueño ?

Por qué se anubla tu frente
Como al soplo de un recuerdo?
¿Qué temes? ¿Serán acaso
Fatales presentimientos,
Y á mi cabeza circundan
Presagios de mal agüero?"
Con voz armoniosa, dulce,
Que de un canto era el remedo,
Leve como eco lejano,
Triste cual adiós postrero.
" Oye, me dijo al oído,
Con un acento tan quedo,
Tierno como una plegaria,
Fugaz como un pensamiento;
" Mira, allá en el horizonte,
" Allá, muy lejos, muy lejos,
" No distingues entre brumas
" Nubes que se lleva el viento?
" No observas que de oro y nácar
" Forman caprichoso templo,
" Cuya cúspide de gualda
" Se eleva á tocar el cielo?
" ¿No vés cual cintas de plata
" Los gallardetes inmensos,
" Que de inmensos capiteles
" Flotan y ondulan al viento?
" ¿Y pórticos de alabastro
" No distingues á lo lejos,
" Con escalinatas de oro,
" Y festones y arabescos? ..
" Pues e o templo encantado
" Es de la ambición el templo:
" Allí hay amor, allí hay gloria,
" Y hay ardientes devaneos;
" Allí, la fama que aturde,
" Allí, el placer y embeleso,
" Ruídos que la mente ofuscan
" Y embargan el pensamiento.
" Mas también el áspid mora

" Bajo los dorados techos;
" Y tenaz el llanto impido
" Hallar descanso durmiendo.
" Allí hay divinas huríes,
" Allí coronas contemplo,
" Y hay raudales de oro y plata
" Que se ostentan como premios.
" Ay! de tí, si piensas, loco,
" Que has de llegar á obtenerlos;
" Ay! de tí, que el desengaño
" Es para el alma un veneno,
" Que ese templo de oro y grana
" Que divisas á lo lejos,
" Con sus cúpulas y pórticos,
" Y gallardetes inmensos;
" Es castillo sobre arena,
" Nubes que se lleva el viento,
" Ilusiones no alcanzadas,
" Ecos vagos de un recuerdo:
" El amor en rósea nube,
" Ráudo se remonta al cielo,
" Y las coronas de gloria
" Despedázalas el Tiempo;
" Y tú que iluso persigues
" Dichas que te finge el sueño,
" Llevas marcado en la frente
" El sello del sufrimiento".....
Dijo el ángel. Con sus alas
Roza mi sien y despierto;
Abro los ojos y miro....
El azul del firmamento.

1879.

AL DOCTOR PABLO AROSEMENA,

AL REGRESAR AL ISTMO, DESPUÉS DE LA IMPROBACIÓN DEL SENADO Á SU NOMBRAMIENTO DE SECRETARIO DE LO INTERIOR Y RELACIONES EXTERIORES.

Vienes *proscrito* por la turba insana
Que pretende imponer cual soberana
Su voluntad en cambio de la ley;
Que altar levanta á la abyección y al vicio,
De la conciencia exige el sacrificio,
Y domina á los pueblos cual su grey?
Pues alza en alto tu serena frente,
Que el pueblo colombiano, reverente,
Sabrá premiar la honrosa proscripción;
Que ser *proscrito*, como tú lo has sido,
Es ser del crimen mártir elegido
Para saciar su mísera ambición.
Si eres el centro á do converge, necio
El odio de esa turba, tu desprecio
Causa más digna siempre encontrará;
Porque si eres el blanco de sus iras
Por ser un dique á sus siniestras miras,
Timbre de honor tu proscripción será.
Sí, lo será;—modelo de civismo,
De abnegación, virtud y patriotismo,
En tu nombre, Colombia contempló,
Cuando noble, olvidando tus rencores,

Con los de ayer no más tus opresores,
El mismo pabellón te cobijó.....!
Y acaso el pueblo, de venganza henchido,
Esperaba justicia, nunca olvido,
Luego que en alto viote colocar;
Y mudo, absorto, estremecido, escucha,
Hoy, el rumor de la nefanda lucha,
En que triunfó el delito, triunfó el mal,
Mas no importa, su triunfo es pasajero,
Que lo falso, jamás fué verdadero,
Ni la virtud y el vicio hermanos son:
Triunfos de Pirro son los del delito;
El *Mane, Tecel, Phares* está escrito;
Cumplimiento tendrá la predicción!!
¿Qué quiere el Oligarca, qué pretende,
Esa facción que compra y que se vende,
Y que por loma lleva la ambición?
¿Quieren ser de Colombia los tutores,
Los tiranos de siempre, que opresores,
Para el pueblo no tienen compasión?
Pues, basta oh! pueblo!—yergue tu cabeza,
Sacude altivo esa fatal pereza,
Que estás dormido al borde de un volcán.
Levanta osado el pabellón glorioso,
Y en fuego patrio ardiendo, poderoso,
Pide su voz al hórrido huracán,
Para clamar contra la turba insana
Que se quiere erigir en soberana,
Sobre el país de los libres sin igual;
Y al hoy *proscrito*, téjele coronas
De laureles y mirtos de Helicona
De rosas, siemprevivas y azahar.
Que son las flores de pureza emblema,
De la virtud, son la mejor diadema,
Pues se agostan en frente criminal;
Y entre tanto que la hora se aproxima,
Apréstate á la lucha, y vé la sima
Que abre á tus piés obcecación fatal. ---

1879

SOLLOZOS.

I.

No vuelvas nunca
tus ojos bellos,
hácia mis ojos,
niña del cielo;
porque me incendian
esos luceros;
porque me matan
tus ojos tiernos.
Si, osado, en ellos
busco un consuelo,
vuelve tus ojos,
limpios, serenos.

II.

No quiero niña
me miren tiernos,
esos tus ojos,
tus ojos bellos.
Yo estoy muy triste,
casi estoy viejo,
no por los años,
sí por los duelos;
mira, he sufrido
muchos tormentos;
mira, he llorado,
ni sé qué tengo ...
Amé y mentira

fué todo el premio,
que conquistaron
llanto y lamentos;
yo tuve amigos
y aun creo que tengo;
pero estoy solo,
y ellos, muy lejos:
tuve fortuna
que barrió el viento,
tuve ilusiones
que mató el cierzo.
Y hoy ¿qué me queda?
casi estoy viejo,
no por los años,
sí por los duelos.
¿Qué puedo darte,
si nada tengo?
Angustia inmensa,
llanto y lamentos,
es cuanto abrigo
dentro del pecho.
¿Qué puedo darte?
¿te daré ensueños?
Diérate cantos
si tuviera estro,
diérate dichas,
diérate un cielo;
pero ilusiones,
pero lamentos,
pero ternezas,
no valen *medio*

III

Ya deshojadas
llevo en el seno
las gayas flores
que soñé un tiempo.
Con ellas tuve

loco, sediento,
de hacer guirnaldas
el dulce anhelo.
Y ornar mi frente,
fué el fiel empeño,
buscar la gloria
fué mi ardimiento.
Vano delirio,
falaz anhelo,
que las espinas
crueles me hirieron
de cuantas rosas
puse en mi seno.
Y si en mi frente
coronas tengo,
ay ! son de espinas,
ay! son tormentos.

IV.

¿ Ya lo vés, niña,
la de ojos tiernos?
No vuelvas nunca
tus ojos bellos,
hácia mis ojos
que son de un viejo,
no por los años,
sí por los duelos;
y en tu mirada,
y entre tu pecho,
haz que haya nubes,
haz que haya hielos.

1880